1998

La Zotehuela

Irene Calápiz de van der Laan
San Jose State University

Follow this and additional works at: https://scholarworks.sjsu.edu/etd_theses

Recommended Citation

Calápiz de van der Laan, Irene, "La Zotehuela" (1998). *Master's Theses*. 1778.
DOI: <https://doi.org/10.31979/etd.4ekf-tsuj>
https://scholarworks.sjsu.edu/etd_theses/1778

This Thesis is brought to you for free and open access by the Master's Theses and Graduate Research at SJSU ScholarWorks. It has been accepted for inclusion in Master's Theses by an authorized administrator of SJSU ScholarWorks. For more information, please contact scholarworks@sjsu.edu.

INFORMATION TO USERS

This manuscript has been reproduced from the microfilm master. UMI films the text directly from the original or copy submitted. Thus, some thesis and dissertation copies are in typewriter face, while others may be from any type of computer printer.

The quality of this reproduction is dependent upon the quality of the copy submitted. Broken or indistinct print, colored or poor quality illustrations and photographs, print bleedthrough, substandard margins, and improper alignment can adversely affect reproduction.

In the unlikely event that the author did not send UMI a complete manuscript and there are missing pages, these will be noted. Also, if unauthorized copyright material had to be removed, a note will indicate the deletion.

Oversize materials (e.g., maps, drawings, charts) are reproduced by sectioning the original, beginning at the upper left-hand corner and continuing from left to right in equal sections with small overlaps. Each original is also photographed in one exposure and is included in reduced form at the back of the book.

Photographs included in the original manuscript have been reproduced xerographically in this copy. Higher quality 6" x 9" black and white photographic prints are available for any photographs or illustrations appearing in this copy for an additional charge. Contact UMI directly to order.

UMI

A Bell & Howell Information Company
300 North Zeeb Road, Ann Arbor MI 48106-1346 USA
313/761-4700 800/521-0600

LA ZOTEHUELA

A Creative Thesis

Presented to

The Faculty of the Department of Spanish

San José State University

In Partial Fulfillment

Of the Requirements for the Degree

Masters of Arts

By

Irene Calápiz de van der Laan

December 1998

Department Chair:

Dr. M. Carmen Sigler

UMI Number: 1392843

**Copyright 1998 by
van der Laan, Irene Calapiz de**

All rights reserved.

**UMI Microform 1392843
Copyright 1999, by UMI Company. All rights reserved.**

**This microform edition is protected against unauthorized
copying under Title 17, United States Code.**

UMI
300 North Zeeb Road
Ann Arbor, MI 48103

© 1998

Irene Calápiz de van der Laan

ALL RIGHTS RESERVED

APPROVED FOR THE DEPARTMENT OF SPANISH

Celia Correa Zapata

Dr. Celia Zapata

José Cerrudo

Dr. José Cerrudo

Roland Hamilton

Dr. Roland Hamilton

APPROVED FOR THE UNIVERSITY

M. Lou Lewandowski

ABSTRACT

LA ZOTEHUELA

By Irene Calápiz de van der Laan

This thesis presents a series of original short stories. The characters try to break free from established values, in search of a new identity. They fight against forces imposed on them by tradition. Paradoxically, each individual has a fatal destiny and no matter how hard they try to break it, they end up fulfilling it.

All five short stories take place in Mexico City in middle - to upper - class social settings. Though not many historical details are given, the stories reflect the cultural milieu of the 20th Century, 1900 - 1976.

AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer el apoyo incondicional que me brindó la directora de la presente tesis, la Dra. Celia Zapata, especialmente en las sugerencias atinadas que en la elaboración de los cuentos aportó. También quiero hacer presente el apoyo que el Dr. Cerrudo, Director de Estudios Graduados, me dio. Al Dr. Roland Hamilton mi gratitud por el honor que me confiere al aceptar ser uno de los lectores.

A mi marido Heinz van der Laan por su incondicional aceptación, amor y apoyo. A Citlalli del Carpio de Cheline por sus consejos y presencia en esta tesis. A Jessica van der Laan por los acentos y esas cosas. A mi hijo por el hecho de serlo.

Indice

Introducción	vii
Marco histórico	1
Marco teórico	6
Maleficio	11
La zotehuela	16
Psicosis	23
El otro	27
El acoplamiento de los esposos Feshar	35
Conclusión	62
Bibliografía	67

Introducción

La idea original de trabajar en una tesis creativa surge de la necesidad de concretar el cúmulo de lectura y estudios asimilados a través de los años, aunado todo esto al estímulo de los que amablemente atizaron la ilusión juvenil con comentarios positivos.

Es indiscutible que la fuente de inspiración proviene primordialmente de las narraciones y lecturas que nutrieron la imaginación de la niña que entonces era. Toda la riqueza cultural que en esa temprana edad conformó el entorno familiar, grabó el acervo que se transluce en el presente trabajo.

La elección del cuento como medio creativo de expresión se debe a que, como dice Erna Pfiiffer “el cuento necesita mucha precisión lingüística y literaria . . . es conciso, exacto, preciso” (Entre vistas 14), lo que permite poner a prueba y en práctica lo aprendido en los años de estudios de la literatura y la lengua española pues sin un conocimiento profundo del idioma y de las técnicas literarias esto no habría sido posible.

Aunque el cuento es un género de gran aceptación y proliferación entre los mexicanos, los cuentos que se presentan en este trabajo ofrecen un ángulo original en el que se mezclan varios recursos: el realismo mágico, el horror, el suspenso, el misterio y lo romántico; todos con un toque sutil que delata lo regional sin llegar a lo folclórico. La descripción de las casas y los edificios aunados a la elección lingüística, señalan a la ciudad de México como el lugar donde se llevan a cabo la mayoría de las acciones. También se aportan datos que compenetran al lector con ciertos rituales peculiares de ese entorno -- especialmente cierto en el caso del *Acoplamiento de los esposos Feshar*, en el que se describe el ritual que deben seguir las mujeres después de haber dado a luz.

No obstante que en principio el interés que guió este proyecto no era el de mostrar características privativas de un medio socioeconómico y psicológico en particular, al final los cuentos de manera inevitable fueron impregnados por el toque de la memoria con la que ubico los rincones de mi infancia.

Por otra parte, a efecto de que se tuvieran los antecedentes y con ello dar una idea de fondo de lo que estaba pasando alrededor de los protagonistas, se hizo un análisis histórico que cubriera, en forma somera, los períodos en que se desarrollan cada uno de los cuentos, con la esperanza de que el lector logre una mayor comprensión de ellos. En cuanto al análisis posterior de algunos de los personajes, el libro de Santiago Ramírez, El mexicano, psicología de sus motivaciones, fue de especial utilidad para reforzar el fondo contextual de ellos en los relatos.

Entrando en materia, los cuentos van narrando episodios que pueden ordenarse en forma más o menos cronológica. El primero está narrado desde la perspectiva de una niña de aproximadamente seis años; en el siguiente aparece una niña de unos diez años. En los dos relatos que siguen los protagonistas son adultos: en *Psicosis* es una mujer entrada en los veinte años, mientras que el personaje de *El otro* tiene unos treinta años.

Un elemento presente en todos los cuentos es el suspenso, en parte para retener la atención del lector, pero también, por otro lado como principio catártico. Román Gubern dice que: “. . . el intenso horror tiende a minimizar los problemas y contratiempos comparativamente de la vida real y cumple así una enérgica función evasiva. . .” (Las raíces del miedo 44). Otra característica que se encuentra, a excepción del *Acoplamiento*, es la brevedad. La razón obedece al principio de que el propósito era el de enfatizar la

tensión más que el relato y el impacto final se habría disminuido si se hubiera extendido, con lo que no habría sido posible sorprender al lector.

El último cuento, *El acoplamiento de los esposos Feshar*, podría haber sido el primero porque narra una historia de principios de siglo pero, por otro lado, como el relato no concluye con los personajes principales sino que se abre a un futuro en el que se coincide en fecha con el de *El otro*, pareció pertinente utilizarlo como broche final. En cuanto a la técnica, la idea central fue la de narrar la vida de la protagonista y a través de ella insertar elementos diversos que conjugaran en parte algunas de las técnicas usadas en los otros, pero dándole un toque absolutamente realista, por lo que fue necesario extenderlo. Aquí al elemento final se le da tanta importancia como al relato.

Otro aspecto que se explora en los cinco cuentos que conforman este trabajo, es la búsqueda de solución a yugos o expectativas preestablecidas por cualquier forma de control. Ya otras escritoras han tratado el tema de la imposibilidad que tienen los seres humanos de escapar a su destino. En la antología de Celia Correas de Zapata Detrás de la reja, se presentan varios casos de mujeres que tratando de luchar por su destino, de pronto se dan cuenta que han quedado atrapadas en lo que tanto lucharon por evadir. Un ejemplo de eso lo da Beatriz Guido en su cuento *La mano en la trampa*. En este cuento la protagonista busca la forma de escapar del cautiverio en el que vive. Para liberarse del destino que le preparan la madre y la tía, recurre a todo, pero termina derrotada, cae en su propia trampa y al final dice: “Acepté la invitación: me habían vencido” (63). En otro caso, el del cuento *Detrás de la reja* de Amparo Dávila, la protagonista cree haber logrado su libertad a través del amor que cree correspondido pero al final, ya desolada y sin posibilidad ni fuerza de oponerse a su destino, se da cuenta de que el interés

económico fue más fuerte que la entrega amorosa de ella. Cuando el novio la abandona para casarse con su tía, vencida y en cautiverio declara:

Van pasando los días, iguales en su inutilidad y en su tortura continuada. Yo repaso mi historia día a día, paso a paso. La historia que nadie quiere oír, ni nadie quiere saber. Sigo implorando en todas las formas en que me es posible hacerlo, que me escuchen, que me dejen hablar. Pero todo es inútil . . . (154)

Contrario a los relatos de esas dos mujeres, los personajes de los cuentos presentados aquí sucumben de forma menos ostensible pero más definitiva. La muerte, aun cuando no es siempre palpable, es la que pone fin a la búsqueda o al escape, en ocasiones para regresar al protagonista al mismo lugar del principio. Sólo en el *Acoplamiento de los esposos Feshar* se ve una luz de esperanza que muestra cómo el amor redime y abre la puerta a otras dimensiones y posibilidades.

El proceso creador fue revelador. La creación literaria es producto de un arduo trabajo. Principia con la idea y ésa, podría decirse, es la parte fácil. Encontrar la palabra exacta, la exploración infinita de la sintaxis para buscar la mejor forma de expresar ideas, y, sobre todo, la descripción de lugares, fueron retos que por momentos parecieron insondables. Todo el esfuerzo, sin embargo, quedó disminuido al leer el resultado final. La satisfacción de haber sido capaz de sobreponerse a los múltiples contratiempos que la falta de experiencia ocasionó, fue un precio que valió la pena pagar. La recompensa de ver más próxima la culminación de un sueño justificó el esfuerzo.

De lo mucho que esta experiencia aportó para concretar el aprendizaje de años, fue valioso aprender a valorar el trabajo de los escritores. La dedicación y las horas que se consumen para producir una obra nunca más me pasarán inadvertidas. Me queda un

gran respeto por los que escriben y la marca indeleble de esta experiencia estará presente en todas las futuras lecturas e intentos de continuar por la senda que este proyecto encauzó.

Marco histórico

Los primeros cuatro cuentos que se presentan en la presente tesis abarcan de los años cincuenta a los setenta, mientras el último, *El acoplamiento de los esposos Feshar*, se ubica en los primeros años del siglo veinte, todos ellos llevados a cabo en la Ciudad de México. Para el marco histórico me atenderé estrictamente al orden cronológico.

Michael C. Meyer narra como la modernización de México se inicia con la toma de poder del Presidente Porfirio Díaz, la cual abarca de 1876 a 1910:

If Mexico were to emerge from its doldrums, if progress were to displace stagnation, Díaz believed it would be necessary first to change Mexico's image dramatically . . . Only if potential investors from the United States and Europe were convinced that stability was supplanting turbulence, that firmness was replacing irresolution and chaos, and that the political process was maturing could they be expected to offer their dollars and pounds sterling, for profit, in the chore of national development and modernization. (The Course of Mexican History 433)

A partir de su segundo matrimonio, Díaz se volvió la figura refinada y afrancesada con que se le recuerda. La europeización se vio también incrementada por la influencia del Secretario del Tesoro, José Ives Limantour, hijo de un inmigrante francés, además del grupo de colaboradores con que se rodeó, los cuales fueron llamados los *científicos*, personas con fuerte influencia extranjera en su formación. El afrancesamiento ya había sido introducido en México por Maximiliano quien, además de un ejército galo, trajo un cocinero francés para que le preparara sus alimentos. Por

supuesto los mexicanos, no queriendo parecer provincianos, adoptaron el gusto por lo francés. Salvador Novo relata:

Restaurantes y hoteles fueron desde el principio actividad a que los franceses se dedicaron con éxito y pericia en el México del XIX. El afrancesamiento de las costumbres consistió sobre todo en elevar el nivel de la elegancia en torno de la mesa del restaurant. Una minuta redactada en francés confería una clara superioridad a quien pudiera descifrarla . . . (125)

Es durante este periodo de la historia de México en que por primera vez se da la posibilidad de que surja estabilidad política y con ello la posibilidad de que los ciudadanos con recursos económicos se dediquen a viajar y a disfrutar de las recientes comodidades culturales adquiridas. Estas condiciones son las que hacen posible que *El acoplamiento de los esposos Feshar* tenga un trasfondo fidedigno.

Siguiendo la cronología de los otros cuentos, *Maleficio* y *La zotehuela* se ubican en los años cincuenta. En esta época el país vive el resultado de la mejoría en las relaciones con los Estados Unidos, debido al fuerte apoyo que México les proporcionó durante la Segunda Guerra Mundial, lo que ayudó notablemente al crecimiento de la economía. En cuanto a la administración interna, es la época del gobierno de los presidentes Miguel Alemán (1946-52), primer Jefe de Estado en ser invitado a Washington a visitar al presidente Truman, y Adolfo Ruiz Cortines (1952-58).

Durante los doce años que duran los dos mandatos, México vive una época próspera en que se funda la Universidad Nacional Autónoma de México (1952) y el Instituto Mexicano del Seguro Social (1943). Por otro lado, ninguno de los dos

presidentes aprovecha el auge que está viviendo el país para impulsar la economía de los estados, lo que hace que se inicie una emigración masiva de gente que llega a la capital en busca de trabajo. Tampoco se ayuda a la preparación de mano de obra especializada que pueda trabajar en las fábricas. La repartición de bienes no se extiende a todas las capas de la sociedad y se empiezan a escuchar protestas.

En el ámbito social, aunque las mujeres participan políticamente con su voto, se sigue esperando que lo hagan en apoyo de la opinión de sus maridos. La madre sigue siendo la figura central e irrefutable de la familia de la clase media, la encargada de cuidar el honor de las hijas y que, paradójicamente, se mantiene distante de ellas. Un ejemplo de ese tipo de madre tan común en México lo presenta Rosario Castellanos en su primera novela Balún-Canán. En un estudio que se le hizo, en la compilación de Nora Pasternac Escribir la infancia, se menciona como la niña protagonista y narradora está más allegada a su nana: “Nace de madre blanca . . . pero es amamantada por una india, su nana, que con la leche le transmite parte de su cultura” (136).

Es común que muchas mexicanas se sientan más cercanas a las personas que las cuidan que a su propia madre. Esto, según Santiago Ramírez explica en El mexicano, psicología de sus motivaciones, es un fenómeno que se inicia desde la Colonia. Al Respecto dice: “. . . pronto se hicieron ayudar en el cuidado de sus hijos criollos por mujeres indígenas que hacían las veces de niñera . . .” (52).

El mundo en que vive el personaje de *Psicosis* es el de los años sesenta. El presidente de esos años era Gustavo Díaz Ordaz (1964-70). A ese presidente, que ha sido catalogado como el más conservador que ha tenido México en el siglo veinte, le tocó

lidar con una época de muchos cambios sociales y no supo manejar la situación. Las manifestaciones de los estudiantes fueron reprimidas con violencia. Las elecciones que ganó el Partido de Acción Nacional (PAN) en el Norte fueron anuladas. La Noche de Tlatelolco, 2 de octubre de 1968, cuando aproximadamente cinco mil personas de manera pacífica se reunieron para protestar porque el gobierno no había escuchado sus demandas, fueron atacadas con armas de alto calibre por personas enviadas por el gobierno. Esta fecha marcó definitivamente la conciencia de los mexicanos.

Socialmente es la época de ruptura de tradiciones: el amor libre heredado de los Estados Unidos se propaga, los excesos sexuales y el consumo de marihuana se extienden en las diferentes capas de la sociedad. Tales cambios confunden y atormentan al promedio de la población que mantiene sus ideas tradicionales.

El otro tiene lugar en los años setenta, durante el gobierno de Luis Echeverría (1970-76). Este presidente había sido del gobierno anterior, por lo que no fue aceptado de muy buena gana. Sin embargo, contrario a lo que se esperaba, en poco tiempo quedó claro que él no era tan conservador como se había pensado sino más bien socialista. Para poder implementar cambios rápidos, nombró a un grupo de funcionarios jóvenes. Los conflictos sociales heredados del gobierno anterior siguieron afectando al país. Además, el rápido crecimiento industrial y de la economía creó inflación. La crisis se agudizó profundamente cuando, como relata Michael Meyer:

The 1970 found Mexico suffering a large balance of payments . . . With imports outstripping exports by almost \$3.5 billion . . . Echeverría, currying Third World support in a bid for the secretary-generalship of the United Nations, ordered his

ambassador in the world organization to cast two votes equating Zionism with racism. The result was unanticipated . . . Jewish groups in the United States organized a tourist boycott of Mexico . . . (675)

Con el boicot la industria hotelera perdió millones. Esto, aunado a todos los demás problemas económicos, ocasionó que por primera vez en veintidós años, México devaluara su moneda. Primero se devaluó en septiembre de 1976, un mes después vino otra devaluación y ésta última tuvo un efecto mucho más negativo en la psique de los ciudadanos. La moral se fue por los suelos. El pueblo lo tomó como el colmo del abuso de poder.

Hasta antes de estos dos últimos presidentes, el pueblo había aceptado que el PRI manipulara las elecciones. Después de todo, la economía había mejorado notablemente, especialmente si se le comparaba con la de los años anteriores a la Segunda Guerra Mundial. Pero a raíz de las devaluaciones de los años setenta y luego la lenta caída de la estabilidad económica que siguió, el Partido Revolucionario Institucional fue perdiendo poco a poco su dominio absoluto, poder que hasta la fecha sigue luchando por conservar.

Marco teórico

En los cuentos que integran este trabajo se ve la evolución que va desde la falta absoluta de control de la situación de los protagonistas, hasta las personas que de una u otra forma se rebelan contra el ser que los mantiene aterrados, silenciosos o subyugados. Todos, al final, sucumben. Sólo en el último relato se vislumbra la posibilidad de que a través del amor se redima a los seres que se atreven a entregarse en forma total.

En el primer cuento, *Maleficio*, la niña protagonista y narradora se ve rodeada de personas malignas que hacen uso de objetos de brujería y de terror. Primero está Concha, la empleada doméstica y confidente de la madre, que recoge y pone objetos extraños por todas partes; luego fantasmas que visitan a su madre. Todos estos elementos le dan un aire de misterio a la narración.

En el cuento se pinta a la niña exageradamente pequeña para que el contraste con sus verdugos haga posible que se entienda la inutilidad de cualquier esfuerzo por tratar de escapar del horror que la rodea.

La figura controladora de la madre se siente aun cuando no se detallan sus características físicas. Su presencia domina y manipula sin necesidad de hablar o, incluso de estar presente. Su poder trasciende lo material e impone un gran temor. Ella ha amenazado a la niña diciéndole que si se porta mal algún muerto vendría a jalarle los pies, hecho que la niña no puede dudar ya que a la madre la visitan algunos muertos.

Otros elementos terribles en el relato son las criaturas nocturnas de la selva, las mariposas negras y los murciélagos que pueblan el cielo, todos esos animales de mal agüero que hacen que la niña se vea privada de la posibilidad de disfrutar el fresco de la

noche en la selva por miedo a toparse con alguno de ellos. Tiene que vivir encerrada y aun, dentro del territorio doméstico, nunca se sabe lo que puede pasar. Su forma de combatir es pasiva. Observa escondida y, al hacerlo, transgrede el entorno de las fuerzas dominantes y maléficas que habitan el espacio doméstico. Es su forma callada de penetrar los espacios que le han sido negados, y es ahí donde encuentra, finalmente, su perdición. Al ser observadora del horror que la rodea, ella misma se busca el castigo final. Román Gubern dice: “el terror proporciona a los observadores unas emociones punitivas . . .” (*Las raíces del miedo* 41). La niña viola el secreto de los que la rodean y por esa razón acarrea su final al ser descubierta: “No tenía salida, me había descubierto” (*Maleficio* 15).

El narrador omnisciente en *La zotehuela* se toma mucho cuidado para dar la descripción arquitectónica de la casa y delimita cuidadosamente todos los espacios que la rodean porque ésta es, ante todo, la cárcel de la que la protagonista quiere escapar. Entre tanto, al escabullirse a la azotea, viola los espacios que son los territorios maternos de control. Se burla de la vigía como forma de rebelarse contra el poder absoluto y arbitrario de la madre. Es, para la niña, una forma de irse preparando para la huida que cuidadosamente planea.

El contexto y el contorno familiar le dan al cuento el aspecto de terror que la niña vive. La realidad que se respira en la casa es más aterradora que la aparición del viejito del abrigo gris y sombrero negro (*Zotehuela* 20); el origen del miedo es lo conocido; los fantasmas son, en cambio, simples elementos fantásticos que acompañan la soledad de la protagonista. El propósito de la madre como elemento de horror es, como dice Román

Gubern en relación a la creación de monstruos en la ficción: “La función primaria de un malvado de ficción es la de expresar la agresividad reprimida [del narrador]” (Las raíces del Miedo 45).

Psicosis es un cuento en el que se explora únicamente el terror. La narración en tercera y primera persona limita, a propósito, el conocimiento del origen del miedo. En este caso lo que importa es la descripción de las sensaciones mentales y corpóreas del personaje sometido a una intensa situación en la que la fragilidad se denota por medio de la carencia de privacidad. El edificio de cristal en el que vive, su espacio supuestamente íntimo, no puede proporcionarle siquiera la seguridad de que nadie pueda ver al interior. Todo lo que pasa dentro puede ser visto desde afuera.

La intensidad de la angustia que experimenta la protagonista hace que no se vea muy claro el lapso de tiempo en que se desarrolla la acción, el cual, con todo y los intervalos regresivos del pensamiento de la joven, no excede una hora. Para lograr el efecto de la corta duración de la trama se usan oraciones cortas.

Otro aspecto que se explora es la divagación. Cuando la protagonista siente más cercano el peligro, su pensamiento vaga por los laberintos de su mente que al azar escoge recuerdos aparentemente arbitrarios y triviales pero que, a la vez, hablan al lector de su personalidad. Ella, una mujer que se siente desamparada y expuesta, busca escapar de los elementos intrusivos representados por los hombres misteriosos que la acechan. La huida final la hace en el automóvil/carroza fúnebre, de su amigo que la transporta, como Caronte, al otro lado de su vida.

El otro es un cuento más complejo en el que el elemento onírico juega una parte importante. El sueño es fundamental porque “de él sale el embrión de la narración” (Las raíces del miedo 13). En ese sentido es un cuento en el que el realismo mágico desempeña un papel importante. De acuerdo con Aproximaciones al estudio de la literatura hispánica de Edward H. Friedman: “[el realismo mágico] concibe la realidad a base de una representación onírica, o sea a base de una imagen del mundo parecida a la que se concebiría en los sueños” (29).

En este cuento se establece una lucha interna entre el “otro” que es presa de sus pasiones y excesos y el sujeto que lo encarna y que insiste en hacerlo sentir culpable por el desenfreno en que vive. El narrador omnisciente nos hace partícipes de los cambios emocionales del protagonista que lo llevan a buscar un lugar donde encontrar la paz para así poder liberarse de sus angustias, propiciadas por la inestabilidad en su vida. En su intento de encontrarse llega a un claustro. La iglesia refuerza y se hace una con el “sujeto” y al hacerlo saca de golpe todo lo que ha hecho de él un hombre que sólo vive para satisfacer sus deseos e impulsos egoístas. El enfrentamiento con su pasado hace que se rinda a su conciencia, hasta que, asqueado por la futilidad de su vida, se destruya. En Las raíces del miedo de Román Gubern se describe la destrucción del monstruo, como el que en sentido metafórico protagoniza este cuento:

La destrucción final del monstruo, que encarna o simboliza siempre un poder sobrehumano o sobrenatural, supone una derrota vicarial, en el plano de la imaginación, de nuestros más terribles enemigos, los enemigos . . . que escapan a

nuestro control (destino, contratiempos, fatalidad o los demonios personales de cada sujeto). (45)

El último cuento, *El acoplamiento de los esposos Feshar*, nos lleva paso a paso por la vida de la protagonista María Teresa. A través de ella y su nana Panchita se exploran costumbres, dichos y comidas mexicanas. La historia remonta al México de principios de siglo y se deja entrever el afrancesamiento que predominaba en la época.

El temperamento de María Teresa muestra una de las caras poco exploradas, la de la mujer mexicana que intenta vivir a su manera y que es aceptada socialmente. Ella rompe con algunos de los cánones estipulados para las mujeres de su época. A pesar de ello, o quizá por eso mismo, es el único personaje en el conjunto de cuentos presentados en la tesis que llega a experimentar la plenitud que da el amor. Por supuesto su condición social le sirve de parapeto para ser vista de forma condescendiente. Pero, a pesar de sus desplantes, no sale del todo de los lineamientos morales de su época. En todo caso una cosa que es clara es que las personas que pertenecen a clases sociales altas pueden tener mayor libertad. Claro que para que María Teresa pueda hacer cosas un poco fuera de lo normal su padre, don Román Cienlibros, cumple un papel importante ya que con su actitud muestra que no es un hombre ceñido a las normas.

En cuanto a la trama, la narración plantea la relación entre una joven de dieciocho años, y un hombre maduro, don Francisco Feshar. A través de ellos se descubre que es en el amor donde se puede encontrar la libertad y plenitud más absolutas. Su relación se va forjando poco a poco, hasta que llega a existir una compenetración tal que no es posible destruir con la muerte.

Maleficio

Maleficio

Ya éramos cinco cuando Concha llegó a la casa. Yo no sé de donde la sacó mi madre, lo que sí sé es que su presencia infundía un miedo aterrador. Su mal carácter era congruente con toda ella. Lo era desconcertante era la ternura y docilidad que tenía para lo que concerniera a mi madre lo que, visto a esta distancia de más de cuarenta años, no resulta sorprendente, ya que mi madre era un personaje siniestro que atemorizaba a quien osara interponérsele pero que tenía el poder mágico de suavizar a los otros seres temibles que pasaban por nuestra casa.

Concha era baja de estatura, no era gorda y sin embargo tenía la consistencia de un ropero, con el pelo hirsuto y negro, y unos brazos enormes como si fuera levantadora de pesas. Cerca del hombro, tenía una marca de vacuna incrustada en la masa de su piel de tal forma que parecía un pozo de color rosado que contrastaba con el color oscuro achapopotado de su piel.

En el jardín, a la entrada de la casa, los gansos se encargaban de controlar quien entraba y salía; dentro de la casa, Concha lo hacía. Sabiendo que todo estaba bajo control, mi mamá se daba a otras tareas como la de asegurarse de que todas sus hijas aprendiéramos los oficios que garantizarían la elegancia y el estoicismo con los que deberíamos llevar el peso de la cruz que nos tocara cargar. Solo mi hermana mayor estaba exenta de cualquier responsabilidad doméstica. Ella estaba destinada a ser la luz de la existencia de todas las mujeres de la familia. Yo, por ser la más pequeña, tenía la ventaja de pasar inadvertida la mayor parte de las veces. Gracias a ese atributo etéreo, yo podía ver y oír muchas cosas parapetada tras un sillón o dentro de un closet. Como

mi casa siempre tenía gente que se quedaba por una u otra razón a vivir temporalmente con nosotros, no supe bien a bien quién colocaba, en los lugares más singulares, los objetos extraños que yo encontraba: muñequitos de trapo con alfileres clavados, manojos de yerbas, fotos y pedazos de prendas de vestir con olores fuertes y a veces repulsivos. Empecé a notar que algunos de ellos los colocaba Concha, pero había otros que ella misma se sorprendía al encontrarlos y procedía inmediatamente a quemarlos o a enterrarlos en el jardín. Ella no sabía que yo la espiaba. Yo no la dejaba fuera de mi vista por el gran miedo que le tenía. Haciéndolo, al menos sabía dónde estaba y qué estaba haciendo, lo que me daba la seguridad de que no me sorprendería sin estar preparada para huir en caso necesario. Sigilosamente, cuando la veía salir de un cuarto, iba a ver qué había hecho. Tardé mucho en comprender lo que sucedía.

Por la época en que Concha vivía con nosotros sucedió que mi padre tuvo que ir a un pueblo perdido en la selva de Veracruz y como iba a quedarse por un largo tiempo, decidió llevarnos con él; por supuesto Concha estaba incluida en el paquete. La única que se quedó fue mi hermana mayor para no incomodar su rutina escolar.

La aventura veracruzana distrajo mi empeño de mantener vigilada a Concha. Mi urgencia del momento era escapar a los monstruos que habitan por esos lugares remotos. Por la mañana una de mis hermanas y yo íbamos a pie a la pequeña escuela rural que quedaba a media hora de nuestra casa. Teníamos que cruzar un pequeño riachuelo y siempre había muchas alimañas. Una vez nos salió una víbora de cascabel. Por suerte, cuando eso pasó, un hombre de la región la mató a tiempo. Mi pánico no tenía límite, hasta las vacas me parecían peligrosas. Mi hermana, que no le tenía miedo a nada,

gozaba asustándome. En una ocasión metió en la bolsa donde llevaba mi almuerzo una enorme mariposa negra a sabiendas que yo iba a enloquecer de miedo. Por las noches los grillos no cesaban de cantar, los sapos se azotaban contra las puertas y los murciélagos poblaban el cielo. Fue una pesadilla desconcertante que sirvió para que yo amara las metrópolis y para que siempre siguiera odiando los remotos lugares tropicales.

Para aumentar mis tormentos, una mañana mi madre nos dijo que mi tía Carmen la había visitado la noche anterior para despedirse de ella porque había muerto. Mi tía vivía en los Estados Unidos y la sola idea de que hubiera hecho ese viaje para despedirse de mi madre corroboró la existencia de los seres del más allá con los que tantas veces me había amenazado diciendo que me vendrían a jalar los pies si me portaba mal. ¿Cómo podría yo volver a dormir tranquila después de lo acontecido? y ¿cómo podría volver a dormir destapada en semejante clima si aun en ese lugar desconocido podrían dar conmigo?

Cuando se dio la noticia de que pronto volveríamos a México sentí un gran alivio, el cual no tuvo límite de felicidad al enterarme que Concha se quedaría porque había encontrado novio y se iban a casar. ¡Qué gran consuelo! Por fin las cosas serían menos tétricas en mi casa y por consiguiente en mi vida.

Volvimos a México. Mi mamá consiguió a una muchacha inofensiva que la ayudaba y yo suspiré aliviada.

La vida tomó su curso: los hijos a la escuela, el padre a trabajar, la madre a mantenerlo todo pulcro, impecable, inmaculado. Yo creí entonces que por fin podría respirar tranquila, pero una noche, cuando todos dormíamos, me despertó el ruido

inconfundible de la madera vieja al ser pisada, ese ruido que por alguna razón extraña se agudiza cuanto más sigilosamente se le quiere pisar. Mi corazón empezó a latir con furia porque oía yo los pasos que se acercaban más y más a la puerta de mi recámara, luego el chirriar lento de la manija y la puerta que poco a poco se abría y que dejaba entrar una tenue luz que apenas iluminaba un cuerpo. Contuve la respiración y entreabrí los ojos para ver quien era. Era mi madre. Llevaba los dos brazos extendidos y en ellos cargaba pieles curtidas de gatos a las que les habían dejado las cabezas enteras con los ojos abiertos y desorbitados. Yo quería gritar pero temía que ella supiera que yo la había descubierto así que fingí dormir. Cuando mi madre llegó a la puerta del closet la escuché que cantaba una canción y al tiempo que abría la puerta descubrió que mi pie, bajo las cobijas, se movía al ritmo de su canción. Apresurada volteó y nuestras miradas se encontraron. No tenía salida ... me había descubierto.

La zotehuela

La zotehuela

La casa era de un solo piso y tenía estructura rectangular. La mayoría de las habitaciones daban a la calle, exceptuando la recámara del fondo, que era la de los hombres, y la cocina. Aunque esos cuartos tenían como única vista las paredes de las casas de los vecinos, recibían luz del espacio abierto que conformaba el patio de servicio al que en su casa llamaban “zotehuela”. Originalmente se había planeado colocar ahí una escalera que diera acceso a la azotea pero, por alguna causa desconocida, la habían dejado incomunicada y en el espacio en el que hubiera ido la escalera habían colocado un lavadero.

La cantidad de gente que entraba y salía de la casa, aunada al ajeteo de la sirvienta y la madre que siempre estaban o limpiando algo o preparando alguno de los múltiples antojitos que se servían diariamente, impedían que se pudiera estar tranquilo. Por otro lado, la aparente inactividad alteraba los nervios de la señora que exigía que todos estuvieran ocupados, especialmente sus hijos. Así que para que la niña pudiera escapar a su escondite favorito, tenía que esperar disimulada hasta que todo quedara en silencio.

Como el cuarto de la sirvienta estaba a un lado de la cocina, justo frente a la puerta de acceso a la zotehuela, esperaba a que sus hermanos salieran a jugar con sus amigos y a que su madre se retirara a su habitación a leer. Después, corría inmediatamente a asegurarse que la sirvienta se hubiera metido a su recámara a descansar o a hablar con algunas de sus parientas que frecuentemente la visitaban y que hablaban

con un murmullo extraño, en una lengua desconocida para todos los miembros de la familia, para ir a esa área de la casa.

Cuando se aseguraba que la cocina estaba vacía se dirigía al ventanal que daba justo al patio de servicio y sigilosamente abría la ventana hasta que ésta formaba un ángulo recto, que era todo lo que se podía hacer porque la pared del edificio de al lado se interponía. Enfrente estaba el baño de la sirvienta y entre ambos se encontraba el lavadero. Era ese espacio, precisamente, el único que permitiría la operación que seguía. Primero se subía al alféizar. De ahí saltaba al lavadero y ponía el pie derecho sobre la pila del agua y el izquierdo lo apoyaba en la falleba de la ventana. Luego, se impulsaba hasta quedar colgada del techo del baño de la sirvienta. Entonces, apoyándose en el marco de la ventana, se empujaba hasta lograr subir completamente al techo del baño e incorporarse. Después tomaba aire, pegaba la espalda al mismo muro que acababa de cruzar por la parte baja y, apoyando cuidadosamente sus pies en la cornisa, se deslizaba por el muro divisorio, esta vez del techo del baño hasta la parte alta de la pared de la cocina que era el único lugar que le permitiría saltar a la azotea. Al llegar, levantaba con cuidado su brazo derecho para no perder el equilibrio y procuraba no ver hacia abajo hasta estar bien asida de la tapia. Sólo entonces se volteaba para quedar frente al muro, lo que le dejaba medio cuerpo al aire y tanteaba con el pie izquierdo buscando el pequeño hueco que con gran dedicación había logrado cavar tiempo atrás y en el que apenas cabía la punta de su zapato. Conteniendo la respiración, apretando los labios y clavando sus manos en el cemento, hacía un esfuerzo extremo y final para saltar al otro lado del muro. Al caer, su corazón latía con tal fuerza que sólo atinaba a sentarse paralizada por el terror

que experimentaba cada vez que escapaba a ese su rincón favorito. Sabía que tenía que hacerlo a pesar de cualquier riesgo, porque ése era el único lugar en el que estaba sola y a salvo.

Cuando sus latidos se apaciguaban se levantaba, todavía con las piernas temblorosas, caminaba lentamente y empezaba a ver las ventanas del edificio que estaba en frente, a un lado de la casa; veía también las casas de los vecinos, especialmente la de doña Pilar, la bruja de la calle, que mañana, tarde y noche acechaba a través de las cortinas de su ventana; una vieja malhumorada a la que todos los niños temían y que nunca les devolvía las pelotas que a veces, por accidente, caían en su casa. Ella había entrado alguna vez al temido jardín y la irascible vieja la había tratado bien. Pero ¡quién no la iba a tratar bien si era tan dócil y callada!

Dejaba al último la vista de la entrada principal de la casa. Desde ese punto lo primero que hacía era ver hacia abajo, a la reja que controlaba el acceso a la casa. Desde lo alto se veía tan pequeña, tan franqueable y sin embargo cuando estaba frente a ella le parecía insuperable, impenetrable. Esa puerta era el acertijo de su vida. ¿Qué había más allá de la reja, del jardín frente a ésta y de la avenida que le seguía? ¿Adónde iban los tranvías y autobuses? ¿Cómo emprendería el tan soñado escape?

El pequeño jardín de enfrente tenía un monumento en honor a unos héroes y mártires anónimos que nadie parecía recordar pero que servía como centro de acción de los niños y adolescentes; a veces como pista de patinaje, otras como lugar para sentarse a coquetear. Para ella era el mundo más allá de la reja, el mundo en que la aventura era

posible y el punto que algún día sería el de partida y del que se alejaría para siempre, con la certeza de que no habría vuelta atrás.

Después de un rato, cuando notaba que toda tensión había desaparecido, se sentaba tranquilamente a imaginar. Tenía ocho años y todavía le quedaba una larga espera por delante pero eso no impedía que soñara. Unas veces, curiosamente, soñaba con tener una gran propiedad para que cada uno de los miembros de su familia tuvieran una casa separada pero juntas. Tenía, después de todo, miedo a los seres extraños del mundo y de alguna manera la reconfortaba la idea de estar acompañada de sus seres queridos por raro que pareciera; por supuesto descartaba esa idea de inmediato porque aunque le daba miedo lo desconocido, lo conocido la aterraba aun más. Lo inexplorado al menos ofrecía la incógnita “¿será mejor?”

Fue ahí que planeó viajar, casarse muchas veces y, sobre todo, no tener hijos. Los niños la enloquecían con su llanto y su energía inagotable; ella que nunca había tenido energía porque la estaba reservando, incubando, alimentando para el futuro cuando tuviera que enfrentarse al mundo exterior.

Al bajar de una de las incursiones a su escondite, escuchó voces dentro de la recámara matrimonial. Se acercó y oyó la voz de su hermana que decía:

—¡De veras, mamá!, en la zotehuela está un viejito. Está vestido de color oscuro y tiene puesto un abrigo gris y un sombrero negro; además tiene un bastón en la mano y con él me estaba amenazando. Me dijo “si te sigues portando mal con tu mamá te va a ir muy mal muchachita”.

—¡Qué viejito ni que ocho cuartos!, tú lo que quieres es andar de floja. Ningún viejito ha venido el día de hoy a la casa, así que deja de inventar historias y ponte a hacer tu tarea, ya basta de pretextos —respondió la madre.

La hermana insistió llorando “te estoy diciendo la verdad, te lo juro mamá, sólo la verdad”.

Ella venía de esa parte de la casa y no había visto al mentado señor, sin embargo sentía que su hermana no había mentado. ¿Por qué habría de hacerlo si ella misma había visto como algunos de los mártires de Tacubaya entraban y salían de su casa y eso que estaban muertos y bien enterrados en el parque?

Pasaron los años. Ahora estaba al otro lado. Finalmente había logrado cruzar la Avenida Revolución. Hacerlo le había costado años de empecinamiento. Para lograrlo había peleado centímetro a centímetro. Fue tal el miedo que tuvo de que se cumpliera el destino que se le había tratado de inculcar que había intentado cuanta táctica se le ocurrió para evadirlo. Experimentó con todas las técnicas psicológicas inventadas; meditó; ayunó; se unió a la Gran Fraternidad Universal; se volvió experta en metafísica; se volvió adicta a la numerología y la astrología; despertó en lechos desconocidos; sacudió sus más recónditos temores; se inventó diferentes personalidades; todo con tal de romper con los atavismos que la obligaban a conformarse con su destino y verse como una copia fiel de su madre. Por eso escogió especialmente las formas de vida en las que se incurriera en faltas morales que a juicio de la familia fueran imperdonables para así interponerlas entre ella y sus verdugos.

En los años de búsqueda, ella eligió viajar para escapar. Finalmente, después de veinte años de fracasos, encontró un rincón remoto en un país lejano y en el que la forma de vida era diametralmente opuesta a la de su país. Se sintió resarcida, “¡por fin podré vivir en paz!” —pensó. Entonces, cuando ya se creía totalmente liberada, empezó a soñar el vacío bajo sus pies y la opresión en la boca del estómago; al despertar de sus tormentosas noches de malos sueños, notó que lo hacía con las manos apretadas y las uñas enterradas en sus manos.

Por esa época recibió la noticia de la muerte de su madre, así que, muy a su pesar, emprendió el temido viaje de regreso. Después del sepelio los hermanos se reunieron, junto con su padre, para decidir qué hacer con los objetos personales que la madre había dejado. Revisando un viejo armario de tres lunas, encontró los jabones de jazmín que su madre usaba para aromar su ropa. En otra gaveta estaban los listones de colores que le ponían cuando le trenzaban el cabello y las tenazas con que le rizaban los bucles en los días de fiesta. Al fondo, en el último cajón que abrió, encontró un álbum de fotos con la tapa de cuero desgastada. Lo abrió y lo empezó a hojear sin prisa. Pasó por las fotos de la familia en los salones de la casa; pasó por las fotos de los niños en los jardines; pasó por las fotos incongruentes de los muertos de la familia; pasó por las fotos de los cuartos y patios de la casa hasta que, separada de las demás, encontró una en blanco y negro que estaba suelta. Se quedó atónita: era ella parada al centro de la zotehuela cogida de la mano del viejito del abrigo gris.

Psicosis

Psicosis

Abrió la puerta con gran ímpetu y entró precipitadamente. Primero puso la aldaba, luego ajustó el cerrojo y le dio dos vueltas a la llave para asegurarse que la chapa estaba bien cerrada. Recargó la espalda contra la puerta y suspiró con alivio. Por un instante se quedó pensando, tratando de aclarar sus ideas. Lentamente estiró la mano hasta alcanzar el interruptor de la luz, lo encendió y fijó la vista en la ventana de enfrente. De pronto en su mirada se dibujó una duda. Caminó despacio y con cuidado hacia la ventana y con la mano izquierda entreabrió la cortina para espiar hacia la calle. Sintió una descarga eléctrica que le subió por la columna vertebral desde la cintura hasta la nuca. El terror la paralizó. “Ya están aquí” —se dijo.

—Ya están aquí, es demasiado tarde. Claro que podría apagar la luz y deslizarme por la puerta de servicio. Pero ¡no! vieron que se encendió la luz y saben que estoy aquí; de seguro ya está alguien afuera, esperándome. Si me muevo van a ver mi silueta. Es lo malo de estos edificios de cristal. Ni las cortinas impiden que se vea todo lo que pasa dentro. Puedo, tal vez, irme arrastrando hasta la puerta de servicio y de ahí subir a la azotea y esperar a que amanezca —murmuró delirante.

Pensó también que debería llamar a Marcos y pedirle que metiera su automóvil al garaje y que dejara la cajuela abierta para que ella se escondiera y luego él la podría conducir a otro lugar más seguro. Se imaginó, incluso la sensación de vacío en el estómago que sentiría al saber que el coche iba pasando junto a ellos. Temió no poder contener el grito de horror. “Mejor me voy a la azotea, puedo esconderme en los lavaderos o detrás de los tinacos” —decidió.

Muy despacio se fue agachando, luego se arrodilló y por último se acostó en el piso. Se arrastró hasta la cocina y, segura de que era el único cuarto en el departamento con paredes sólidas y sin ventanas que dieran a la calle, se puso de pie y sigilosa abrió la puerta. Salió dejando la puerta abierta. Llegó a la angosta escalera de cemento que conducía a la azotea. Subió a gatas para que nadie la viera y una vez arriba, corrió a los lavaderos. De pronto escuchó unos pasos. En la penumbra divisó la silueta de un hombre con gabardina y con una lámpara encendida en la mano. Aterrorizada se deslizó detrás de los tinacos que estaban sobre unas pilastras de cemento de aproximadamente medio metro de alto y cuando el hombre empezó a alumbrar por la parte baja de éstos, decidió subirse a uno. En lo que el desconocido los rodeaba, ella atinó a meterse dentro de uno. Sintió cómo poco a poco se iba empapando; primero los zapatos, luego las medias hasta que la humedad subió de la falda a la blusa. El agua le llegaba justo al inicio de los pechos. Un frío profundo se apoderó de ella. Empezó a tiritar de manera ostensible. Los huesos le dolían, la quijada le temblaba, le castañeteaban los dientes. Escuchó los pasos que se acercaban. Tomó aire y se sumergió completamente. La claustrofobia fue apoderándose milímetro a milímetro de su cerebro y cuando creyó que ya no podía más, por alguna causa extraña su mente empezó a divagar. . . “El vestido de flores lilas con pechera blanca que me regalaron cuando tenía doce años me pareció el más bello que jamás yo hubiera visto. Cómo me sentí hermosa con él yo que siempre me había creído vergonzosamente fea. Por primera vez en mi vida salí a la calle segura de mi porte. La niña flaca de pronto empezaba a tomar cuerpo de mujer. Ya se podían distinguir los senos y las piernas, y de pronto descubrí lo bien torneadas que las tenía.

claro que las zapatillas blancas ayudaban a crear esa imagen. Jamás he tenido un vestido tan mágico como aquel”.

Se dio cuenta de que había un silencio absoluto así que salió del tinaco. Bajó a su departamento y entró por la cocina. Se desnudó y arrastrándose fue a su recámara a buscar unos pantalones, un suéter y unas calcetas de lana. Se los puso lo más rápido que pudo y luego se calzó unos mocasines. Cuando quedó lista llamó a Marcos y le pidió, como había pensado antes, que fuera por ella. Lo esperó en el garaje agazapada detrás de uno de los coches estacionados cerca de la entrada. Marcos estacionó su auto justo frente a ella. Él hizo como que sacaba algo del asiento de atrás y en voz baja le dijo que se metiera ahí, que temía que en la cajuela se asfixiara.

Cuando salieron, pasaron frente a los hombres que la acechaban. Dos estaban sentados en la parte delantera de su automóvil, mientras que un tercero recargado al frente, fumaba con parsimonia. Escuchó como Marcos le describía todo esto. Ella, entre tanto, pensaba que sería mejor que los edificios los construyeran de piedra o de algún material que impidiera que la gente husmeara en la vida privada de los otros.

¡Que extraño! —pensó— cada vez que me siento amenazada divago. Entretanto, conforme sentía que el automóvil aceleraba, el cansancio se iba apoderando de ella. A lo lejos, muy lejos, se escuchaba la sirena de una ambulancia y dejándose arrullar por el sonido, fue sintiendo cómo poco a poco un gran alivio se iba apoderando de todo su cuerpo tenso y frío. “Sería mejor volver a habitar en cuevas” —murmuró antes de expirar.

El otro

El otro

Esa noche un rayo de luz lo hizo ver su realidad. La certeza de la futilidad de su vida lo golpeó. Fumando, parado junto a la ventana del cuarto de hotel de paso que alquiló por ese día, contempló a la mujer que dormía en la cama, las sábanas pegadas al cuerpo dibujaban su silueta. Sintió náuseas de esa mujer cuyo rostro nunca recordaría. Entonces decidió marcharse sin decirle nada. Un agudo dolor en el lado izquierdo lo hizo llevarse la mano al pecho. El espasmo doloroso lo dejó sin aliento por unos segundos. Más adelante volvería a hacer el mismo ademán sin darse cuenta.

Con los vestigios latentes de los excesos de la noche anterior, salió al amanecer sin disculparse.

Condujo sin plan predeterminado y no se dio cuenta de lo cansado que estaba hasta que el sol le pegó de lleno en la cara. Entonces decidió parar. Enfiló el coche por la primera salida que vio. Después de un tiempo que le pareció eterno, llegó a un pueblito de calles angostas y empedradas. Sintió que ya había estado ahí anteriormente pero como era un lugar como muchos otros en México, no prestó mayor atención.

Buscó inútilmente un hotel. Cansado se dejó caer en una banca del zócalo bajo un frondoso laurel. Junto a él estaba sentado un anciano al que le preguntó:

—Disculpe ¿de casualidad me podría decir si hay algún hotel cerca de aquí?

—La verdad —le respondió— es que por aquí no hay ninguno, pero puede preguntarle a los padres de la iglesia que está en el Santo Desierto, cerquita de aquí. Nomás agarre la calle de Iturbide y siga derecho hasta que llegue a la salida del pueblo.

Con desgano se dispuso a buscar la iglesia. Siguió por la calle que le indicó el viejito. A pesar del calor que hacía tuvo que cerrar las ventanillas del coche porque se acercaba una tolvanera. La precaución fue inútil. De todos modos el polvo se metió por todos lados, lo que lo puso de muy mal humor. Detestaba la sensación de sentirse sucio. Furioso se disponía a regresar cuando vio la cúpula de una iglesia. Continuó y con alivio vio un letrero que anunciaba el Santo Desierto. Al acercarse vio una plazoleta frente a la iglesia con un crucifijo de piedra al centro. Estacionó el coche y se bajó. Conforme se acercaba a la iglesia percibió con agrado el aroma de unos eucaliptos que estaban a un lado del camino. Se dirigió a la entrada principal de la capilla mayor y trató de empujar la puerta pero estaba cerrada, así que se encaminó a la parte posterior de la iglesia. En el edificio contiguo encontró una puerta de madera a desnivel. Se agachó para tocar y al hacerlo la puerta se abrió. Entró. El lugar estaba oscuro y se percibía un fuerte olor a humedad. Caminó a tientas hasta que encontró otra puerta. La empujó y salió a un corredor que circundaba un patiecito embaldosado con una fuente al centro. Bordeó el jardín y entró a un cuarto. En el interior se encontraba un hombre regordete que pulía afanosamente un cáliz. Era el sacristán y tan absorto estaba en su labor que no se percató de su entrada hasta que carraspeó para llamar su atención.

—Buenas tardes —dijo.

—Disculpe usted, ¿tiene mucho rato aquí?, no escuché cuando entró —contestó el sacristán— ¿en qué puedo servirle?

—Necesito un lugar donde pasar la noche y en el pueblo me dijeron que tal vez aquí me podrían alojar por una noche.

—Por supuesto —le dijo. Nuestras puertas siempre están abiertas para los necesitados.

Como estaba exhausto le pidió que le mostrara donde podría descansar. El sacristán le pidió que lo siguiera y caminaron por unos corredores hasta llegar a la parte alta del edificio por el que había entrado. Una vez frente a la celda que le asignó se despidió y le informó que vivían de manera muy austera por lo que no tenían ni luz eléctrica, ni teléfono, ni agua caliente. Antes de salir le dijo:

—Estoy seguro que podrá descansar muy a gusto aquí. La paz es absoluta. No hay más ruido que el trinar de los pájaros, las ramas de los árboles movidas por el viento, el croar de las ranas, en fin, los ruidos propios de la naturaleza. La hora de la cena es a las ocho, lo que le deja tiempo de sobra para descansar; luego, si le interesa, puede visitar las huertas y los jardines. A las siete se oficia la última misa. Si quiere puede asistir y así yo lo acompaño al comedor. Sólo tiene que esperarme a que apague las velas del altar. Aquí tiene una vela y si necesita más cobijas avíseme. Voy a estar un rato más donde usted me encontró. —Salió dejando la puerta abierta.

Como el cuarto no tenía ventana, tuvo que encender la vela. A la luz de la vela el lugar cobró dimensiones extrañas y se sintió sobrecogido por la penumbra. Buscó un lugar donde sentarse. Arrinconado al lado izquierdo vio un catre angosto de madera con paja encima y al pie de la cama una cobija burda de lana. Se acercó a él, colocó la veladora en el buró que estaba al lado y se sentó. El viento sopló con fuerza y por un momento pareció que la flama se iba a extinguir, lo que le produjo un escalofrío premonitorio. Al mirar la pared que tenía enfrente le pareció que el centelleo proyectaba

sombras de fantasmas danzando al compás de los latidos vertiginosos de su corazón. A pesar de que el miedo se iba apoderando poco a poco de él, estaba como hipnotizado y no podía quitar la vista de la pared. De repente se dio cuenta que las figuras que en principio le parecieron informes, tomaban el aspecto de personas que le resultaban familiares y los reflejos empezaron a recordarle, en forma caprichosa, escenas de su vida. Sin entender por qué, cada escena le producía una aguda punzada en la boca del estómago a la vez que se le hacía un nudo en la garganta lo cual le dificultó la respiración. De pronto sintió otra vez el agudo dolor en el lado izquierdo, pero esta vez en lugar de llevarse la mano al pecho, se cubrió el cuello con la mano derecha porque sintió que se asfixiaba; gritó angustiado a la vez que las lágrimas le empezaron a correr por las mejillas. El pánico se había apoderado de él.

No sabiendo como calmarse, salió para distraerse. El lugar estaba vacío y se sintió agradecido por la soledad que en ese momento tanta falta le hacía. Anduvo por los huertos y jardines y sin darse apenas cuenta, llegó a la iglesia atraído por los coros que entonaban cantos gregorianos.

Entró por una puerta lateral y se sentó en la primera banca que vio. Pasó la vista alrededor del recinto. Su mirada se fijó en el confesionario que estaba a poca distancia de la entrada lateral; la estructura rectangular, empotrada en la pared, constaba de dos puertas a los costados y un portillo al centro. Por un rato indefinido se concentró en el bello trabajo de madera con que estaba hecho. Recordó entonces la iglesia a la que iba cuando era niño y el terror indescifrable que le embargaba cuando era su turno de entrar al confesionario y cerrar la puerta. La oscuridad agudizaba sus sentidos pero por más que

quería escuchar lo que la persona del otro lado decía al confesor, él nunca oía nada, sólo percibía un susurro apenas audible. Sin embargo, temblaba con la idea de que cuando fuera su turno la otra persona sí podría distinguir claramente que era él que hablaba y los pecados que había cometido. Ese miedo que sentía le impedía modular su tono de voz y siempre terminaba hablando tan fuerte que el sacerdote tenía que decirle que bajara la voz. Desde entonces había perdido la facultad de entender lo que le decían cuando le murmuraban y de hablar quedo.

El recuerdo de su infancia agudizó su nostalgia. Revivió la emoción de su primera comunión, el día en que se sintió, por única vez, tocado por la santidad; vestía un traje negro, camisa y corbata blancas, con un cirio en la mano derecha y en la otra un rosario y un misal. Se vio caminar emocionado hacia el altar, hincarse a esperar que le dieran la hostia y, como en sus clases de catecismo le habían dicho que no debía masticarla porque era pecado, recordó la lucha de su lengua por tratar de despegarla del paladar para poderla tragar entera. La experiencia sirvió para darle punto final a su deseo de dedicarse a la vida espiritual tan llena de gozos que le habían descrito cuando lo prepararon para la ocasión. También se vio a los ocho años, arrodillado en una capilla de la iglesia de La Candelaria, pidiéndole a un Cristo ensangrentado que moviera aunque fuera un dedo de su pie para que él pudiera seguir teniendo fe y cómo repitió la suplica a cada una de las imágenes de la iglesia sin que jamás se hubieran dignado a escucharlo.

Sin darse cuenta se hincó, inclinó la cabeza, entrelazó las manos y con ellas se cubrió la cara. Del sermón sólo percibió un murmullo lejano. Perdió la noción del

tiempo. De pronto se dio cuenta que la misa había terminado ya porque la gente estaba saliendo. Esperó.

Tras la puerta de la entrada cercana a él creyó ver a un hombre oculto. Cuando todos los feligreses salieron vio, en la misma puerta, una sombra que aparecía y desaparecía intermitentemente. Después de un rato se levantó y se dispuso a salir para esperar afuera al sacristán. Con lentitud se dirigió a la puerta; al aproximarse vio el bulto que provenía de la penumbra y que se movía hacia él saliéndole a su encuentro. La hoja de metal produjo un destello cegador. En el mismo lugar del pecho en donde había sentido la opresión al sentarse en el catre, lo apuñaló varias veces.

Salió el sacristán por la puerta de la sacristía. Con parsimonia y el matacandelas en la mano, se puso a extinguir una por una las velas que alumbraban el altar. El asesino corrió a esconderse en el confesionario. Frente al hombre que se desangraba, el sacristán se quedó paralizado por un instante y, sin atinar a ayudarlo, salió corriendo a pedir auxilio.

Aunque seriamente herido no estaba muerto, sólo desmayado. Volvió en sí y sin saber que le había pasado, sintió una intensa punzada de dolor y la sangre tibia que se le escurría por el pecho empapándole la camisa. Trató de incorporarse pero no pudo. Con gran esfuerzo se arrastró hasta la banca donde había estado sentado y poco a poco, apoyándose contra el respaldo, se fue incorporando. Cuando por fin logró ponerse de pie apoyado en el respaldo de madera, el asesino se asomó de su escondite con la intención de huir. Se disponía a hacerlo cuando vio el cuerpo tambaleante del herido apoyado en la banca.

“No murió” —se dijo— y una sonrisa diabólica se dibujó en su cara.

Atento como estaba en mantenerse de pie, no vio que el hombre se le acercaba. Cuando oyó los pasos y levantó la mirada era demasiado tarde. Al encontrarse con sus ojos se sintió fulminado. Paralizado comprendió que no había salvación posible. La cara del asesino era su misma cara.

Al volver el sacerdote, buscó el cuerpo del hombre junto a la puerta donde lo había visto y al no encontrarlo lo rastreó con la mirada. Las huellas de sangre lo llevaron al portal de la iglesia. Entonces lo comprendió todo. Sólo él habría podido salvarlo.

El acoplamiento de los esposos Feshar

El acoplamiento de los esposos Feshar

Cuando don Francisco Feshar conoció a María Teresa, la que sería su esposa, jamás imaginó que podrían entenderse algún día. Todo los separaba, principiando por la edad. Él un hombre entrado en los cincuenta y, hasta ese momento, incasable. Ella a punto de cumplir los dieciocho, de temperamento efervescente y con apariencia soñadora y volátil.

Se podría decir que no hubo cortejo. Es más, él nunca se enteró de cómo pasaron las cosas. Lo único que hizo fue asentir cuando el padre de María Teresa, don Román Cienlibros, le dijo que si quería ver crecer a sus hijos tendría que casarse pronto porque los años se le estaban escapando de las manos.

—En verdad creo don Francisco que ya es hora de que usted siente cabeza —dijo en tono sentencioso don Román.

—Después de todo ya ha vivido la vida, no tiene necesidades económicas y su posición en la sociedad es envidiable.

Don Román Cienlibros, viudo cincuentón, había perdido a su mujer cuando María Teresa tenía apenas un año de edad. Jamás quiso volverse a casar y se dedicó, como Dios le dio a entender, a la crianza de su hija. Sin embargo, al poco tiempo comprendió que él solo no podría con tanta misión, por lo que al notar que su pequeña se estaba tornando en una fiera, contrató a una institutriz teutónica con la esperanza de que lograra que su hija fuera un dechado de cultura y disciplina. Pero, al primer alarido de protesta de su hija, él desistió y Frau Inga fue despedida. Después de ese intento pasaron por la casa la legión de las naciones. Del oriente mandó traer a Hanako Ueda, una japonesa altamente

recomendada, para que la niña fuera toda gracia y asentimiento; de Francia llegó Madame Couture, una renombrada francesita, para que la pequeña aprendiera a hacer uso favorable de todos sus encantos; Miss Elizabeth Smith, una inglesa, para que de manera flemática y puntual aceptara las inconveniencias del destino y, por último, ya agotado decidió dejarla al cuidado de Panchita, la cocinera mexicana que había llegado con su finada esposa. Panchita de inmediato tomó cartas en el asunto y se encargó de que la niña le hiciera caso al son de las fantasías con que le llenaba la cabeza, acompañadas éstas por una tortilla y un caldo de frijol bien aderezado con una mágica variedad de chiles, que mantuvieron brincando y berreando a la niña hasta que se acostumbró a tan ardientes enseñanzas. A partir de ese momento la paz volvió a la casa, no sin sus esporádicos sobresaltos, producto de las naturales enfermedades infantiles, las cuales la cocinera atendía presurosa con un té de yerbas, una lavativa, o con la visita de un curandero o de un huesero.

El resultado, entre los mimos del padre y la disciplina a medias de su nana-cocinera, fue que la niña creció con apariencia frágil, mirada soñadora y aspecto inofensivo, pero con temperamento lleno de bemoles. Detrás de la mansa mirada se topaba uno con una férrea voluntad a prueba de cualquier contratiempo. María Teresa había aprendido desde sus primeros años de orfandad cómo manejar las situaciones para que no se le impusieran las cosas que ella no quería. Con su padre bastaba una caída de pestañas, pero con la cocinera esos ojos de borrego a medio morir no funcionaban. Ella la conocía al derecho y al revés así que ahí tenía que usar con tiento su voluntad testaruda. Cuando niña y cocinera estaban en desacuerdo el mundo casero temblaba. El

carácter aparentemente dócil y apacible de ambas daba paso a una erupción volcánica que hacía que los platos y las ollas vibraran frenéticos. En esos momentos hasta el perro salía despavorido a esconderse bajo las escaleras y no sabiendo cómo escapar a tales ex abruptos sumía la cabeza debajo de sus enormes patas negras. Con todo esto el pobre padre veía venir un conflicto serio. “¿Quién se querría casar con semejante criatura?” Y su hija ya estaba en edad de merecer. Él no era pobre y podría aportar una buena dote. Ese no era el problema. Podía incluso comprar algún partido europeo que aportara algún título nobiliario a la familia. El problema era que además de que él adoraba a Tita, como él la llamaba, detestaba la idea de ponerla en manos de cualquier bruto que no supiera razonar y que por toda contestación le fuera a dar un golpe a la hija de sus entretelas. Además, él soñaba con casarla enamorada y fue por eso que, cuando conoció a Don Francisco, creyó ver un rayo de esperanza.

Don Francisco no era un hombre de bromas ni le interesaban las aventuras frívolas. Tenía por costumbre decir que él no hacía favores y que si acaso le interesara alguna mujer tendría que ser por algo más sólido que su apetito sexual. Con esa y otras opiniones que lo hacían parecer como el candidato perfecto, don Francisco se convirtió en el invitado habitual de la casa, aunque en honor a la verdad, a éste no le llamaba la atención la eternamente niña María Teresa. Sin embargo, era cierto que admiraba la claridad de sus pensamientos y la originalidad de sus ideas; además, compartían algunos gustos como la música y el arte, en los cuales ambos eran muy adelantados para su época. Así, abogaban en pro de la liberación del artista, reconociendo que el arte no podía ni debía ser una repetición o copia fiel de la naturaleza ya que para eso se habían inventado

las cámaras fotográficas y por lo tanto se debía exonerar al pincel para que explorara nuevas posibilidades. También opinaban que a la música era preciso liberarla de los salones y de las salas de conciertos. Ambos reían abiertamente de algunos de los comentarios eruditos de los expertos en arte con los que a veces se habían encontrado en las ocasiones que juntos habían asistido a la sinfónica o a la opera.

Creiendo ver en esas esporádicas coincidencias un indicio de principio de romance, don Román interpelló a su hija una tarde: “Tita, mi amor —le dijo— ¿qué opinas de don Francisco como posible esposo tuyo?”

—Dios nos agarre confesados, ¿en qué piensas tú? Ya me veo yo con ese viejo vetusto. Que quede bien claro que me gusta que venga por ti, para que te distraigas, pero yo no estoy tan necesitada como para aceptarlo. Mejor me quedo solterona. Yo estoy muy a gusto con la vida que llevo y no veo por qué habría de cambiarla —contestó indignada la hija.

Entre más esfuerzo hizo el padre por resaltar las cualidades del susodicho, tanto más se aferraba la hija a la idea de que jamás aceptaría casarse con semejante vejstorio. Lo peor de todo esto era que el supuesto pretendiente no estaba enterado de los enredos que se entretejían a su alrededor y apenas si se percataba de que la jovencita, como él la llamaba, ya ni el saludo le quería contestar pensando que él era el que le había metido tal idea a su padre. En cierta ocasión en que se quedaron momentáneamente solos, él le preguntó si le gustaría ir al Teatro porque iba a llegar una compañía francesa muy famosa. María Teresa le dijo que con él no aceptaba ir ni a la puerta. Sorprendido le preguntó el por qué.

—¿Le parece poco haber abusado de mi confianza, creyendo que porque usted se lleva tan bien con mi padre yo lo aceptaría como mi marido? —dijo ella.

—¿De qué hablas? Hasta dónde llegan tus fantasías, si lo que menos deseo yo en este mundo es casarme y menos contigo. Ya me veo yo aguantando uno de tus berrinches. Eso sólo tu padre lo tolera —contestó él indignadísimo.

María Teresa se quedó muy seria al ver y comprender que era su padre el que estaba tratando de atraparla para ella. Apenada por la escena que había hecho, se disculpó. Sin embargo, la reacción de él la había confundido. Ella que era una mujer inteligente, independiente, con ideas propias, bien educada, culta y bastante atractiva físicamente, ¿cómo era posible que semejante veterano objetara una posible relación entre ellos cuando cualquier otro joven daría brincos de felicidad si ella lo aceptara? Herida en su amor propio, a partir de ese momento se propuso hacerlo caer en sus redes. En ello empeñaba su nombre como se lo hizo saber esa noche a Panchita.

—Dejo de llamarme María Teresa si no logro que don Francisco Feshar me proponga matrimonio en menos de un año.

—Pero mi niña —le dijo Panchita— para que juegas con fuego, ¿qué tal si te obliga tu papá a cumplirle y luego te quedas ensartada con ese hombre al que no quieres?

—No te preocupes —le contestó— ya sabré zafarme.

A partir de ese día don Román observó complacido que su hija se arreglaba especialmente cuando don Francisco era invitado a la casa. De pronto ella misma insistió en preparar los postres que se le ofrecían y hasta empezó a invitarlo a conciertos y bailes, actitud inusual para las jovencitas de la época, pero normal en ella.

Al mes de todos los cambios de actitud de María Teresa, don Francisco empezó a notar que la muchacha no le era del todo indiferente. Se sentía cada vez más atraído a ella, y esto lo asustaba, porque además de la diferencia de edades, ella era la hija de un buen y viejo amigo. María Teresa intuyó inmediatamente lo que le pasaba y no le dio tregua. Aprovechó toda ocasión para estar cerca de él y con cualquier excusa hacía que su cuerpo lo rozara. En la mesa durante las cenas habituales de los jueves, su mirada lo buscaba hasta que él, nervioso, la miraba. En los conciertos le susurraba al oído para que él aspirara su perfume, a la vez que con su aliento lo cosquilleaba provocativa. Cuando hablaba, lo escuchaba con gran atención, como si le interesara de sobremanera todo lo que dijera. Luego suspiraba como si todo lo que decía fuera brillante. Ella misma se sorprendió del cúmulo de armas de seducción que esgrimió a sabiendas de que su experiencia amorosa era nula.

Tal fue el empeño que puso en su tarea de conquista que, sin darse cuenta, de pronto su vida estuvo inmersa en la de él y, lo que en principio había sido ficticio, de pronto se tornó en realidad para los dos. Sin saber exactamente el momento en que sus pasiones se empezaron a exaltar al unísono, un día se sorprendieron ambos al notar que temblaban con sólo rozarse los dedos al darse la mano cuando se saludaban. Si bailaban en alguna reunión en el instante en que sus miradas se encontraban sentían una descarga eléctrica y un deseo casi incontenible de abrazarse y de besarse.

Como la aparición de los automóviles era muy reciente en la Ciudad de México, el día que don Francisco por fin recibió de los Estados Unidos su radiante Ford T decidió celebrarlo invitando a cenar a don Román y a María Teresa. El señor Cienlibros, que no

desaprovechaba la ocasión para alentar el romance entre la hija y el amigo, declinó cortés la invitación pero insistió que fueran ellos.

El lugar que Don Francisco escogió para celebrar fue el afamado Tívoli de San Cosme, lugar favorito de políticos y de pudientes. La cena se inició con un *potage bisque* acompañado de un Jerez; luego les sirvieron *Mignons en surprise* con una copa de Madera; a continuación llegó el *poisson au vin blanc* con su respectivo vaso de *Sauterne*. María Teresa apenas si probó los platillos que siguieron por que temía no poder probar el famoso *Rocher de glacé* que preparaban ahí. Para terminar tomaron champaña y brindaron por el automóvil.

Con tan opípara cena sintieron la necesidad de caminar un poco antes de volver a casa, por lo que decidieron andar hacia un parque cercano. La noche había refrescado y ella se estremeció de frío y él, galante, se quitó el abrigo para colocárselo en los hombros. Al momento en que sus dedos rozaron la piel de María Teresa, don Francisco, en un arrebató apasionado la abrazó, luego le buscó los labios y los apretó contra los suyos desesperado. Se besaron con tal pasión que perdieron la noción de dónde se encontraban. Las caricias de él ascendieron más allá de lo que era aceptable para la gente decente, especialmente si se tomaba en cuenta que estaban en un lugar público. El pitido del silbato de un policía los despertó de su éxtasis. Aturdidos y apenados a la vez, voltearon para todos lados y al comprobar que por suerte nadie los había sorprendido en tan flagrante y ardoroso abrazo, se apresuraron al automóvil.

En el trayecto no dijeron palabra. Estaban confundidos pero también sentían la urgencia de consumir el deseo que se les había desatado. Querían poseerse sin importar

las consecuencias que tuvieran que pagar. Él sugirió ir a su casa y ella accedió. Al llegar le abrió la portezuela, la tomó del brazo y caminaron hacia la puerta. Al entrar la dirigió a su despacho. Sin encender la luz le quitó el abrigo que en la urgencia del abrazo dejó caer al piso. Tan absortos se encontraban descubriendo su pasión que no notaron cuando el mayordomo entró hasta que éste encendió la luz. Al sentirse descubierto y como Jaime sabía que la joven que se encontraba en sus brazos era la hija de don Román, don Francisco le dijo un tanto confuso:

—Jaime, baja de inmediato a la cava y trae una botella de la mejor champaña y también trae copas para los tres, quiero que nos acompañes para brindar por nuestro compromiso y próximo matrimonio.

María Teresa no puso ninguna objeción. Había logrado su propósito en la mitad del tiempo que se había fijado, pero eso había dejado de importarle porque en el trayecto comprendió que él era el hombre de su vida. Su deseo era real, su admiración auténtica, su pasión innegable. Ese hombre le había abierto las puertas del corazón y la vehemencia. Él la había hecho sentir un fuego interno que no sabía cómo manejar y que amenazaba con quemarla. Lo peor era que ni siquiera le interesaba entender lo que le pasaba. Sólo deseaba dejarse llevar por la sensación feliz que invadía su cuerpo.

Brindaron con los ojos bajos por temor a que se les traslucieran los pensamientos. Luego don Francisco la llevó hasta su casa y al despedirse no se atrevió más que a darle la mano y decirle que el siguiente jueves hablaría con su padre si ella consentía. Ella dijo un sí apenas audible, a la vez que asintió con la cabeza.

A partir de esa noche María Teresa perdió la efervescencia que la había caracterizado siempre. Comía sin apetito y a regañadientes. Le molestaba que le hablaran cuando estaba pensando. Se reía a carcajadas sin motivo aparente e incluso su nana la encontró llorando un día. “Esta niña está enamorada” —masculló Panchita— y se retiró del lugar preocupada.

Al jueves siguiente María Teresa no podía más, los nervios la consumían, se imaginaba que Don Francisco se arrepentiría o que por alguna causa ajena a su entendimiento su padre le negaría su mano. Nada de eso sucedió. Él llegó puntual como siempre y con la sobriedad que lo caracterizaba le dijo a don Román que tenía que hablar a solas con él, así que fueron a su despacho.

—Don Román —le dijo— no quiero que usted piense que yo he abusado de la confianza que me ha brindado. Las cosas pasaron sin que yo me diera cuenta, sin intención de dañar la amistad que hasta ahora nos ha unido, pero ...

—¿Qué ocurre don Francisco? ¿Por qué se queda callado? ¿Qué es lo que me está tratando de decir?

— Bueno, pues lo que quiero decirle es que estoy enamorado de María Teresa y aunque estoy consciente de la diferencia de edades quiero hacerla mi esposa y ella ha consentido.

—¡Por Dios! ¡qué susto me ha dado usted! Yo creí que era algo grave. En fin, venga a mis brazos querido amigo. Nada podría darme más gusto que verlo a usted como mi yerno.

Durante la cena don Francisco le dijo a María Teresa que ella pusiera la fecha de la boda; a lo que ella respondió que lo antes posible.

Al año exacto de que María Teresa se había propuesto hacer caer en sus redes al soltero más empedernido de su círculo social, se llevó a cabo la ceremonia. Si por ella hubiera sido, se habría casado el día que Francisco pidió su mano, pero su padre insistió en que la boda de su única hija fuera un gran acontecimiento social. Los meses se le habían hecho eternos y su único consuelo era recordar a todo instante el momento en que su futuro esposo la había besado por primera vez. Nada de eso se había repetido durante los meses que siguieron, lo cual la desconcertaba, pero también comprendió que las circunstancias habían cambiado. Desde que habían hecho oficial su compromiso ya no tenían la libertad de verse a solas. Siempre que salían lo hacían en compañía de un chaperón. Ni él ni ella podrían haber insistido en salir o estar solos porque era necesario cuidar su buen nombre, por lo que, contrario a su temperamento, ella aceptó resignada las pocas manifestaciones de afecto que él exhibía.

Por fin llegó el día de la boda. La iglesia se abarrotó. Ella se veía radiante con el vestido de novia que le habían mandado de París. Él, con su frac negro y la expresión nerviosa, se veía avejentado. Como era costumbre, primero se llevó a cabo la ceremonia civil en la sacristía y luego la religiosa; en total estuvieron dos horas en la iglesia. Después los invitados fueron a la mansión de los Cienlibros. La recepción había sido planeada de tal forma que la comida se sirviera en el jardín donde se habían dispuesto mesas bellamente decoradas con arreglos florales. Un grupo de eficientes edecanes recibía y conducía a los invitados a la mesa que se les tenía asignada. Los meseros,

impecables y solícitos, servían uno a uno los innumerables platillos y vinos que se habían ordenado para la ocasión. Panchita desde la cocina dirigía al ejercito de empleados que se habían contratado. Una orquesta de cámara acompañaba con un programa bien diseñado para no alterar el apetito de los comensales.

Al concluir el banquete los invitados fueron conducidos al salón de baile que por primera vez, en la vida de María Teresa, se abría a invitado alguno. Una orquesta amenizó con las piezas más populares del momento. La recepción resultó todo un éxito.

Los novios habían planeado retirarse temprano para poder descansar porque al día siguiente tenían que tomar el tren de las seis de la mañana para Veracruz, pero entre brindis y abrazos de felicitación no les fue posible escabullirse hasta bien entrada la noche. Cuando llegaron al hotel en que pasarían su primera noche de bodas ya eran más de las diez.

María Teresa había soñado con ese momento y estaba eufórica pensando que por fin podría estar a solas con él. Al entrar en la suite nupcial estaba tan nerviosa que le temblaban las piernas y le sudaban las manos. Esperaba que Francisco, como lo llamaba desde su compromiso, una vez cerrada la puerta se apresurara a besarla y a acariciarla como lo había hecho la remota noche de sus sueños, pero no fue así.

—Recuerda que mañana salimos temprano a Veracruz y en dos días tomamos el barco a Europa, así que lo mejor es que nos durmamos lo antes posible. Con tu permiso voy a cambiarme al baño y después te sugiero que hagas lo mismo —le dijo un tanto distante.

Se retiró como le había dicho y al poco rato salió vestido con un pijama y una bata. A instancia de él, ella hizo lo mismo. Cuando María Teresa salió del baño encontró el cuarto en la semioscuridad. La única iluminación venía de la lámpara de él. Se metió en la cama. Él apagó la luz, la buscó a tientas, la besó calladamente y sin tomarse la molestia de desvestirse, le hizo el amor. Tan rápido sucedió todo que a ella sólo le quedó el dolor físico de su desvirgación y el moral de la desilusión.

Al día siguiente, tras una noche de arrepentimiento, María Teresa estaba considerando volver a su casa. Estaba furiosa. Se sentía ultrajada, engañada, decepcionada. Eso no era lo que ella había imaginado y mucho menos lo que había esperado después de la noche frustrada en que por primera vez se habían deseado plenamente. ¿Y si eso fuera todo? ¿De dónde había salido toda la sensación física de aquel remoto instante? Estaba con todos esos pensamientos cuando les avisaron que ya estaba su padre esperándolos para llevarlos a la estación de tren. Le dijo a su marido que lo esperaba en la recepción y bajó apresurada. Cuando vio a su padre se le arrojó a los brazos llorando y le dijo que quería volver a casa con él. No sabiendo qué hacer su padre le dijo que no podía portarse así, que estaba casada y que tuviera paciencia que ya se acostumbraría a su nueva forma de vida. Ella insistió pero cuando llegó su marido calló y resignada se subió al automóvil. En la distancia escuchaba las recomendaciones que su padre le daba a su marido.

Durante el viaje a Veracruz apenas si se hablaron. La tensión se sentía cada vez más fuerte. Una vez en el barco, María Teresa se la pasó indispuesta durante todo el trayecto. Él, caballeroso, pidió una cama adicional para no incomodarla. En los escasos

momentos que hablaban él le explicó a qué lugares quería llevarla y le dijo también que por motivos sentimentales había planeado iniciar el recorrido en Francia para luego continuar por Alemania y Austria y de ahí ir a Italia. Ella se concretó a decir que como él quisiera.

Al llegar a Francia la ilusión de descubrir los tesoros del viejo mundo la ayudó a calmarse y Francisco entusiasmado ante la respuesta de ella, se animó a narrarle algunas de las aventuras que había tenido en viajes anteriores. Para ese momento, a petición de María Teresa, los esposos habían decidido hospedarse en cuartos separados, lo que le daba a él en esta primera etapa del viaje un aspecto de padre paseando a su hija de quince años.

Al llegar a Alemania la situación entre ellos estaba en un nivel más bien civilizado pero distante. Fueron primero a Düsseldorf donde él quería visitar a algunos amigos. Luego visitaron a Erika su tía favorita en Colonia. La tía, al no estar enterada de que no compartían la misma habitación, los hospedó en el cuarto que su sobrino solía usar cada vez que la visitaba, por lo que a partir de ese momento volvieron a compartir la misma cama. A la semana de estar ahí, decidieron que ya era hora de continuar el viaje, así que después de que el consenso familiar se puso de acuerdo en la ruta que debían seguir, se dirigieron a la Ruta Romántica “*Die Romantische Strasse*”.

El recorrido pareció surtir algún efecto en María Teresa. Al iniciar este viaje en Würzburg ella estaba un poco más relajada con él y conforme fue transcurriendo el tiempo las cosas se mejoraron de tal manera que al llegar a Rothemburgo la suya era una relación de gran camaradería. En ese lugar se dieron al exceso por primera vez. Se

fueron a cenar a un pequeño restaurante local y tomaron grandes cantidades de cerveza. Luego bailaron alegres hasta que agotados decidieron volver a su hotel. Esa noche ella descubrió de pronto que Francisco parecía un joven de veinte años con la energía, inocencia y felicidad a flor de piel y por segunda vez coincidieron; si antes había sido en el deseo carnal, ahora era en la avidez de vivir la vida plenamente.

Subieron y bajaron por pueblos y colinas y él solícito le explicaba, le enseñaba, le descubría todo lo que tan a fondo conocía; volvía a ser el muchacho que pasó algunos años de su juventud estudiando ahí en la tierra de sus ancestros, no el hombre amargo en que se convirtió más tarde. Ella lo había visto transformarse del viejo austero, al hombre apasionado que casi la sedujo un día, para luego, en su noche de bodas volverse un ser insensible que sin consideración y de manera torpe la había poseído. Ahora relajado y libre de atavismos, lo descubría en una faceta inimaginada, la del novio, amigo y compañero que María Teresa tanto había añorado.

Tal empeño puso Francisco en hacerla disfrutar y entender lo que él tanto amaba que terminó por cautivarla definitivamente. El enamoramiento no fue producto de una noche o de un día. Fueron una secuencia de hechos y experiencias compartidas en los tres meses que llevaban viajando juntos, aunadas a las coincidencias en los gustos y opiniones que habían compartido en México. Se enamoró de él a fuerza de verle tantas y tan diversas caras que le gustaron y acomodaron bien. Comprendió que la noche de bodas había sido producto del estado nervioso en que él se había sumido, unido esto al miedo que le producía su nueva condición de hombre casado que dejaba su cómoda

forma de vivir. En todo caso, olvidándose de lo que debía ser y hacer, entusiasmado volcó sus atenciones en su mujer y así, espontáneamente, se inició el verdadero cortejo.

Ahora, después de haberse acostumbrado a dormir en la misma habitación sin desearse, la conquista tenía cabida. Ella no tenía expectativas fantásticas, ni él tenía miedo de no causarle la impresión adecuada. Por eso en un día en que se encontraban en otra ruta alemana, viajando ahora por los pueblos que se encuentran junto al río Mosela, se dio el reencuentro pasional. Decidieron pasar un día en Traben-Trarbach un encantador pueblo vitivinícola. Se hospedaron en un hotelito y luego caminaron todo el día. Al anochecer fueron a un pequeño restaurante que tenía su propio viñedo y durante la cena, degustando un Schwarze Katz, y comiendo *Sauerbraten* se desnudaron el alma, se lo contaron todo. Posteriormente, animados por el vino que habían consumido, intentaron aprender a bailar valeses y polcas, después, agotados y muertos de risa por lo torpes que se habían visto bailando, salieron a caminar a la luz de la luna tomados de la mano.

Cuando por fin llegaron a su habitación, de manera impensada y natural se besaron sin prisas ni pasiones intempestivas; tiernamente primero, luego, dando tiempo a que la pasión les despertara los sentidos, Francisco le quitó la ropa poco a poco. Luego la posó en la cama y sin dejarla de besar se desnudó. Suavemente, en silencio, se dedicó a descubrir los rincones más sensibles del cuerpo de María Teresa y cuando intuyó que el alma estaba a punto de escapársele, presa del frenesí que las caricias le habían provocado, él la poseyó. Toda la marisma de su ser se vio inundada por el cálido fluir de su amado. La realidad de sus vidas de pronto se vio alumbrada por la plenitud del deleite carnal.

Esa noche, exhaustos, felices y satisfechos, se quedaron dormidos desnudos y abrazados. A partir de esa noche el suyo fue más que un sólo lecho por el resto de sus vidas. Los días que siguieron se volvieron un constante descubrirse y tan rejuvenecido y enamorado estaba Francisco, que logró sacar potencia del rincón olvidado de su juventud.

Cuando por fin volvieron a México, después de seis meses de viajar y descubrir cuanto lugar se les antojó, don Román los encontró transformados, él más joven, ella mucho más mujer.

El acoplamiento como pareja se había logrado; faltaba el de la cotidianidad. Se instalaron en la casa seguros de que los peores obstáculos habían sido vencidos. María Teresa no presintió que en ese caso la intuición femenina que tan bien la había ayudado para conquistar a su marido, no le serviría para improvisar y desempeñar su nuevo papel de ama de casa. Los deberes de esposa le eran ajenos y mientras él volvía poco a poco a su rutina, ella se dedicó a hacer lo que creyó que tenía que hacer ahora que era la señora de la casa. Tan acostumbrada estaba a hacer lo que le venía en gana que sin percatarse se empezó a entrometer en los territorios que por años habían sido bien definidos y repartidos entre la servidumbre de la casa de su marido.

El primero en tomarle ojeriza a la mujer del patrón fue Jaime. Éste, acostumbrado a reinar en el orden doméstico, resintió la pérdida de poder, así que cualquier cambio que María Teresa pretendió imponer trató de obstaculizarlo poniendo en evidencia las decisiones con su patrón don Francisco, quien siempre le había dado la razón, pero quien ahora, enamorado, no quería. Lo más agravante para todos era que el señor que siempre

había sido dechado de sobriedad, ahora festejaba todas las ocurrencias de su esposa. Ante los remilgos de su fiel mayordomo él decía “vamos Jaime, déjala que se divierta”.

Entretanto, ajena a las tensiones que pululaban a su alrededor, María Teresa entretenía sus días cambiando los muebles de lugar. Para lo que interrumpía a todos los empleados en la casa para que movieran de un lado a otro la cama de su cuarto, el escritorio de su marido, el piano, el sofá de la sala de costura, en fin todo lo que se le ocurría. El estudio de su marido que anteriormente se había mantenido siempre en las tinieblas con excusa de no dañar los cuadros o libros con el polvo y la luz, de pronto estaba el día entero con las ventanas de par en par y Francisco, tan achacoso como había sido, ni lo notaba. Albañiles y decoradores se paseaban a diario por la casa, tomando nota de los cambios que tenían que hacer.

Otra ocurrencia de la joven esposa que conmocionó a los empleados domésticos fue la de llevarse a su querida Panchita para que cocinara, porque estaba totalmente convencida de que los achaques que su marido padeció antes de la boda, se debían a la pobre nutrición de este. El tipo de comida simple que se preparaba en esa casa, según ella, ni los perros la aceptarían. ¿Cómo era posible que se comiera sin especias, sin chiles, sin tortillas? ¿Qué clase de hospital era ése que sólo carnes cocidas y verduras al vapor se consumían?

En lo que María Teresa tenía con los pelos de punta a los viejos empleados de don Francisco, en la casa de los Cienlibros, don Román, ajeno al caos doméstico en que vivía la pequeña Tita, esperaba con ansias las visitas de Panchita para que le diera noticias de su hija.

—Dígame Panchita —le preguntaba don Román— ¿no le ha dicho mi hija si está esperando ya?

—¡Hay don Román! —contestaba Panchita desolada— Por más que le digo a la niña que una mujer casada tiene que darle hijos a su marido, ella dice que no corre prisa y como los veo tan amartelados todo el tiempo, pues yo creo que con lo viejo que está don Francisco a lo mejor pues ya no funciona muy bien que digamos.

—¡Que cosas dices, Panchita! Don Francisco es un hombre maduro, es cierto, pero está sano y fuerte y ya verás que no tardarán mucho en darme un nieto.

—Pues usted dirá misa pero ya tienen más de un año de casados y no se ve muy clara la situación. Por eso yo ya le dije a mi niña que tenemos que darle a su marido unos tecitos de Damiana. Además, para asegurarme que Tita esté también lista para encargarse, le doy todos los días, en ayunas, unas yerbas que me preparó mi comadre Tencha.

—A ver si no los matas con tanta brujería. Mejor que sea lo que Dios mande.

Cuando Panchita volvía de esas visitas, siempre hablaba con María Teresa y le decía que su papá ya estaba viejo y no quería morir sin ver un nieto. Tanto insistió que un día hizo que le prometiera una manda a San Judas Tadeo. Ella, por su parte, ofreció irle a bailar al Santo Señor de Chalma con todo y mariachi, y para darle una manita a la corte celestial, se dedicó a prepararles todas las comidas afrodisíacas que ella conocía. A don Francisco le servía raciones dobles y a las tisanas que le daba a beber les ponía dosis de caballo. De suerte, el hombre era suficientemente fuerte y no murió en la contienda que todas las noches librara con su esposa, producto de los efectos de los tratamientos que Panchita le daba.

Afortunadamente para la servidumbre, cuando ya todos pensaban renunciar en masa, exhaustos y desesperados con tanto ajeteo, se enteraron que la señora por fin estaba embarazada. El gusto de que por fin dejaría de entrometerse en sus quehaceres se confundió con el de que por fin su patrón tendría un heredero.

El día que María Teresa quedó encinta lo supo en seguida y proclamó que sería una niña. Nadie en su casa le creyó, excepto Panchita y don Francisco que ya de sobra sabía que su mujer tenía el poder de presentir ciertas cosas. Por eso, creyéndola también capaz de cambiar cualquier designio de la naturaleza, trató de seducirla para que aceptara la posibilidad de que fuera un niño. Ella se negó rotundamente y meses más tarde le mostró como prueba irrefutable que al colgar una moneda en un hilo de medio metro y ponerla sobre su vientre, ésta inmediatamente giraba en círculos, lo cual era señal inequívoca, según Panchita, de que una hembra se estaba preparando para llegar al mundo. El marido, resignado, esperó la llegada de la niña.

La gravidez de María Teresa sólo afectó a su pobre marido que se pasó los nueve meses aquejado de todos los síntomas que le deberían haber dado a ella. Primero fueron las náuseas que lo dejaron cadavérico porque eran pocas las cosas que su estómago toleraba. Luego vinieron las modorras: se quedaba dormido en todas partes y no importaba cuanto durmiera, siempre tenía sueño. Más tarde los antojos: se despertaba a media noche con la urgencia de un caldo de frijol o de una quesadilla y Panchita sabiendo que el pobre hombre estaba cargando con los achaques que le correspondían a su niña Tita, gustosa se levantaba a cualquier hora para atenderlo. Finalmente, el día de parto supieron que la hora había llegado cuando Francisco se despertó retorciéndose de los

dolores que le estaban causando las contracciones de Tita. Como María Teresa en principio no sabía de que se trataba, despertó a Panchita para que le preparara un té de manzanilla pero cuando Francisco le dijo que no se sentía mal del estómago sino que lo que sentía era que se estaba desgarrando por dentro y que algo empujaba en el bajo vientre como si lo quisiera abrir en dos, entonces supieron que tenían que correr al hospital.

Cuando nació la niña, María Teresa se empeñó en que se llamaría Erika en agradecimiento a la tía alemana que la había devuelto al lecho de su adorado Francisco. Inútiles fueron los argumentos de su padre y de su marido para ponerle el nombre o de la finada esposa del primero y el de la difunta madre del segundo, así que para cuando niña y madre salieron del hospital ya todos la llamaban la pequeña Erika.

El nacimiento de la niña se festejó a lo grande. La casa se llenó de regalos para la niña, flores para la madre y chocolates para los visitantes que la fueron a conocer. Panchita, por su parte, se instaló en la habitación de la niña para asegurarse de su buena crianza. En cuanto don Román vio a su nieta declaró que era igualita a Elisa, su esposa, en tanto que don Francisco, a la defensiva, le dijo que era prematuro encontrar semejanzas a tan tierna edad ya que los niños cambian mucho y que él estaba seguro que se parecía más bien a su madre. El tiempo le dio la razón a don Román. La niña era parecida física y temperamentalmente a la madre de María Teresa, “¡gracias a Dios!”, opinaron aliviados los que sabían lo que decían.

Siguiendo la tradición de que las mujeres deben guardar cama después del parto, María Teresa se sometió a los tratamientos que Panchita le hizo para que no le quedaran

estrias y para que sus tejidos volvieran al mismo lugar de antes. Todos los días por la mañana se daba un baño de tina con agua muy caliente que tenía un manojo de yerbas; después, Panchita le untaba en el vientre una sustancia hecha a base de éter, romero, ruda y quien sabe qué cosas más; luego, con una venda hecha ex profeso, la fajaba lo más apretada que Tita soportaba. Al concluir ese ritual tortuoso, la ayudaba a acostarse, y ahí la tenía todo el día, lo cual era muy incómodo porque la faja apenas si la dejaba respirar y para levantarse tenía que pedir ayuda. Aunada a esa rutina venía la dieta, que de acuerdo a la tradición mexicana, era indispensable que siguieran las mujeres que amamantaban: champurrados por la mañana para recuperar la energía; pulque con la comida para tener suficiente leche y dulce de calabaza para prevenir el estreñimiento. Por si fuera poco, como la pobre mujer alimentaba a la niña, se suponía que tenía que comer por dos y, si se negaba, su nana la asustaba diciéndole que su hija iba a estar raquítica por su culpa. La tortura se prolongó por un mes cuando desesperada le dijo:

—Si me fuerzas a quedarme un día más en cama y a seguir comiendo como troglodita, contrato una nodriza y me voy con ella a Europa a criar a la niña. Ya no puedo más con tus tratamientos primitivos, además de que si sigo comiendo tanto voy a quedar hecha una ballena y ya no le voy a gustar a mi marido.

Panchita tuvo que ceder de muy mala gana y dijo refunfuñando, “a ti María Teresa ni Dios padre te hace entrar en razón”.

En lo que todo eso sucedía, Francisco, feliz al pensar que sus sufrimientos habían terminado con el nacimiento de la pequeña Erika, se encontró sufriendo las consecuencias del posparto. Estaba deprimido y se comportaba como niño chipil.

Conforme pasaban los días la situación se agravó porque, aunque María Teresa le permitió dormir en la misma cama durante el embarazo y después del parto, no podía tocarla, ya fuera por el olor penetrante de los menjurjes que le untaba Panchita, o porque nunca se sabía en qué momento le iban a llevar a la niña para que la amamantara. Por otro lado, él estaba consciente de que su pobre esposa no tenía energía para nada. Los baños que le daba su nana cada mañana la dejaban aletargada y eso la hacía parecer alejada de su marido, cuando la verdad era que si no lo hubiera tenido cerca de ella no habría podido soportar tanto tormento.

La niña resultó dulce y tranquila, a pesar de que María Teresa trató de buscarle el lado temperamental que le diera la esperanza de que sería una mujer de carácter como ella. Pero sus deseos se vieron frustrados porque en todos los casos la voz cantante la siguió llevando la herencia de la abuela Elisa. Entre tanto, el abuelo, a invitación que le habían hecho durante el embarazo de Tita, se mudó con ellos y él y Panchita se dedicaron con adoración a la niña.

Una vez que su mujer pasó el mes de los cuidados intensivos bajo el mando de Panchita, don Francisco trató, entusiasmado, de volver al tren de vida que habían tenido antes. Lo primero que se le ocurrió fue organizar algún viaje para poder recuperar la tan añorada intimidad con su esposa. Pensó que lo mejor sería preparar todo a escondidas para sorprenderla. Para ese propósito, primero buscó una nodriza que alimentara a la niña durante su ausencia. Él estaba seguro que Panchita se encargaría de todo lo demás. Luego que la encontró se dispuso a localizar un lugar cercano a la capital y de clima benigno. El lugar perfecto se lo proporcionó su amigo don Juan de la Pompa.

Cuernavaca era el lugar ideal y su amigo tenía una gran finca con servidumbre y todo lo necesario para hacer de la semana de vacaciones que estaba planeando un sueño. Para ultimar los detalles don Juan lo invitó a almorzar al Maxim's.

Una semana después de haber iniciado sus planes, Francisco avisó a María Teresa que ese día no almorzaría con ella porque se iba a encontrar con un amigo. Salió de su casa al medio día. Era tanta su euforia al imaginar lo bien que les caería a él y a su mujer esa vacación que iba casi corriendo. Su mente volaba imaginando las horas que pasaría acariciando a su mujer, los paseos para platicar a sus anchas, las cenas a la luz de las velas y el descanso ininterrumpido. Estaba agotado a tal límite y su pasión había aumentado a niveles tan alarmantes que incluso había temido perder el control. La gravidez de María Teresa en lugar de inhibir su apetito sexual, lo había atizado. Entre más imaginaba lo maravilloso que la pasarían más apuraba el paso. Tan distraído iba que a las pocas cuadras de su casa, al cruzar el Paseo de la Reforma, no se dio cuenta que venía un coche a tal velocidad que. . . El golpe en la cabeza al caer lo mató instantáneamente.

El estrepitoso ruido que provocó el accidente hizo que los transeúntes voltearan al lugar de los hechos. Entre la muchedumbre se encontraba un vecino de los Feshar que pidió ayuda para llevar el cuerpo a la casa. Una señora se adelantó y tocó frenética la aldaba. Abrió la puerta Jaime y de inmediato pidió que se colocara el cuerpo en el despacho de su patrón y corrió a llamar a don Román. Luego mandaron a una de las mucamas a que fuera por el médico de la familia, el que llegó rápidamente. Al llegar el médico lo primero que hizo fue tomarle el pulso a don Francisco y al comprobar que

estaba muerto trató de cerrarle los ojos pero no pudo. Don Román y Jaime lo intentaron también sin éxito. Desesperados llamaron a Panchita porque no querían que María Teresa lo viera con la expresión de sorpresa que se le había quedado en la mirada. Todo fue inútil. Panchita se quedó pensando al tiempo que veía a los ojos del cadáver. Luego, con mirada de haber comprendido que es lo que pasaba, les dijo:

—Nadie va a poder cerrarle los ojos porque lo que pasa es que el señor no se quiere ir sin ver a su esposa.

No tuvieron más remedio que avisarle a María Teresa. Panchita fue por ella. A la entrada del despacho la esperaba el médico para darle la mala noticia. Contrario a lo que habían pensado, ella no lloró ni se desmayó, sólo pidió verlo. Al entrar al cuarto les pidió a todos que la dejaran sola. Don Román primero se resistió por miedo a que se colapsara pero ella insistió y salieron.

Al quedarse sola, María Teresa acercó una silla, se sentó frente a Francisco y lo miró intensamente a los ojos tratando de entender qué había pasado, por qué así de pronto se le había escapado la alegría de las manos. Primero le reclamó que la hubiera dejado sola, luego lloró con furia y golpeo al pecho de su marido muerto. Agotada por la confusión y la intensidad de sus sentimientos, se hincó en el piso, junto al cuerpo inerte y le colocó su cabeza en el hombro. Al hacerlo sintió una gran ternura y lo besó primero en la frente y luego en los labios. Después se le quedó viendo a los ojos y al hacerlo descubrió la pasión que se le había quedado a flor de piel y entendió de pronto la magnitud del amor que había entre los dos. Entonces tomó su decisión y acercando sus labios al oído le dijo:

—Espérame un año. Nuestra historia no termina aquí. A donde tengas que ir yo te acompañaré y ahí nuestra historia se fundirá con lo eterno.

Al terminar de decirle esas breves palabras se inclinó y le cerró los ojos. En seguida, con suavidad, lo besó y le dijo al oído: “hasta dentro de un año mi amor”. Salió del cuarto y le pidió a su padre que se encargara de los trámites necesarios y que después colocara temporalmente el cuerpo de su marido en la capilla del mausoleo de la familia donde quería que se quedara hasta el año siguiente en que quería que lo pusieran junto a ella para que los enterraran juntos.

Don Román trató de disuadirla diciéndole que lo que decía en ese momento era producto del dolor tan grande que sentía pero que ella tenía una hija y una vida por delante. María Teresa le contestó que no tenía tiempo para explicarle porque eran muchos los preparativos que tenía que hacer y muchas las cosas que debía concluir antes de irse a reunir con su marido así que le suplicó que por favor no la molestaran y también le dijo que a partir de ese día dejaba todo a su cuidado.

Lo primero que hizo María Teresa fue mandar a hacer un féretro en el que cupieran los dos cuerpos; y, sin demora, se consagró a escribir la historia de su romance con Francisco. Esporádicamente visitaba la habitación de su hija y la veía tan tranquila que no dudó que estaría bien cuando ella se fuera. Entretanto Panchita y don Román estaban esperanzados de que nada de lo que ella había dicho pasara. Pero no fue así. El día que terminó de escribir su historia se la entregó a su padre y le dijo:

—Quiero que guardes este libro y que se lo entregues a la hija de Erika cuando cumpla dieciocho años que era la edad que yo tenía cuando inicié mi noviazgo con

Francisco. También quiero que la llamen María Teresa en mi memoria. Luego, dirigiéndose a Panchita, le hizo todas las recomendaciones para que Erika creciera lo mejor posible.

Cuando casi se cumplía la fecha del aniversario de la muerte de don Francisco, María Teresa se hizo a la tarea de supervisar personalmente que el féretro, que de antemano había encargado, fuera suficientemente amplio para que ella y su marido cupieran holgadamente en él. Un día antes ordenó varios arreglos florales, preparó el vestido con que quería que la enterraran, se dio un largo baño aromático, se vistió y arregló como el día de su boda. A continuación se despidió de todos y cada uno de los sirvientes. Luego, antes de acostarse, abrazó largamente a Panchita, le agradeció todo el amor que le había dado desde su niñez y le pidió que hiciera lo mismo con su pequeña Erika. A su padre le dijo que tomara todo con calma porque su nieta lo iba a necesitar por varios años. Lo abrazó y besó y le pidió que se quedara con ella un rato en lo que se quedaba dormida. Así lo hizo. A la mañana siguiente, tal como lo había estipulado, amaneció muerta.

Hoy, 22 de abril de 1960, día en que cumplo dieciocho años, me encuentro yo, María Teresa Feshar, frente al sepulcro de mis abuelos, leyendo la increíble historia del acoplamiento de los esposos Feshar.

Conclusión

Conclusión

Stories can reveal much about the way people think.

Although storytellers may distort and exaggerate events to hold the interest of their audience, they still depict an abstracted view of their culture.

James M. Taggart, «Class and sex in Spanish and Mexican oral tradition.»

En la creación de los cuentos que conforman el trabajo creativo de la presente tesis ha sido inevitable recurrir al bagaje cultural. La inspiración surge en un afán de rescatar la tradición oral de las mujeres de la familia que poco a poco amenaza con perderse. Heredera de un complejo mestizaje, desde la infancia escuché historias, palabras, frases y dichos que pensé eran comunes al resto de mis compatriotas pero más tarde comprobé que aunque eran muchas las tradiciones que compartíamos, también existían elementos únicos a mi familia.

De parte de mi padre viene la mezcla racial más discorde. Mi abuelo era de origen vasco, francés y judeo-alemán. En cambio mi abuela era indígena, de ascendencia zapoteca; nacida en la sierra de Oaxaca. De ella aprendí tradiciones, historias y métodos de curación que hasta recientemente me enteré que eran poco ortodoxos. De pequeña, cuando la escuchaba hablar con los miembros de su familia que de vez en vez llegaban de Oaxaca a visitarla, un mundo desconocido se abría a mi imaginación. Oculta tras algún mueble los escuchaba. El murmullo extraño y distante me permitía fantasear a mis anchas; creaba lugares fabulosos en los que eran posibles los

sucesos más extraordinarios, y no porque yo supiera su lengua, sino más bien por lo contrario.

Otro factor que ayudó a hacer de mis hermanos y de mí unos niños fantasiosos fue que los parientes de mi padre tenían la costumbre de leernos o inventarnos cuentos todas las tardes. También disfrutaban contándonos acontecimientos extraños, historias de gentes muertas que por alguna causa se aparecían en tal o cual lugar. En todo caso lo que atizó mayormente nuestro espíritu ya de por sí vagabundo, fue que nunca nos dijeron que las narraciones eran ficticias; por el contrario, se hablaba de todo como si fuera cierto. Aprendimos que el mundo era un lugar misterioso donde todo era posible.

La familia solía ir con frecuencia a Tenancingo, un pequeño poblado al suroeste de la ciudad de México en donde teníamos una casa. Los paseos que ahí se organizaban eran mágicos. Salíamos temprano por la mañana a lugares remotos a los que sólo podía llegarse a pie. Las excursiones eran de más de dos horas y en ocasiones llegábamos a lugares escarpados y teníamos que buscar alternativas, alargando el recorrido. Por si fuera poco, como es tierra tropical, siempre existía el peligro de toparse con alguno que otro animal peligroso, especialmente víboras de cascabel. Durante esos recorridos era común encontrarse objetos prehispánicos, ya fuera en cuevas o escarbando un poco en cualquier lugar. En esas ocasiones mi padre nos contaba historias de los grupos que habían habitado esos lugares o nos decía que en las barrancas a las que no podíamos bajar existían ciudades habitadas por seres mucho más civilizados que los humanos y que la inaccesibilidad les servía de protección contra nosotros, los hombres que todo lo destruíamos.

Ya con lo dicho bastaría para concluir que la fantasía reinaba en el mundo familiar pero eso no era todo. Del lado de mi madre su padre era hijo de español y portuguesa mientras que su madre era árabe española y si el otro lado de la familia contaba historias increíbles, en este lado se practicaban. Mi abuela tenía por costumbre decirnos cuando iba a haber un terremoto, o solía irse a visitar a los parientes que ella decía que estaban a punto de morir para ayudarlos en dicho trance, esto sin que ellos supieran que iban a morir. La hija menor, por su parte, nos avisaba como lo más normal quién iba a llamar a la puerta y quién iba a visitarnos inesperadamente. Mi madre no se quedaba atrás. Ella hablaba con los familiares muertos.

Haciendo a un lado lo lógico de la situación, el ambiente que nos rodeó hizo de nosotros una familia muy imaginativa y llena de ideas originales. Aunado a todo esto la dieta alimenticia de nuestra casa aderezaba todas las fantasías y las exaltaba. Además de las comidas de origen europeo, mi madre conocía los secretos de los platillos indígenas así que, según la temporada se servían: huevos de hormiga (escamoles), los hongos del maíz (cuitlacoche), los gusanos del maguey, las flores del colorín, hierbas como los quelites, plantas como el huauzontle y el guaje, en fin un sinnúmero de platillos que van de lo tradicional a lo extraño. En cuanto a las bebidas, por supuesto, se nos enseñó a apreciar el pulque y los curados que se hacen con el mismo, así como los jugos de todas las frutas nacionales o de fuera, como el de la tuna y de semillas como la chía.

Si bien es cierto que en esta tesis no abarcó todas las áreas de la tradición de que soy heredera, sí pretendo dar una pequeña muestra de la variedad con que crecí. Otros

elementos que mis cuentos exploran son los del misterio, lo terrible, lo monstruoso y lo siniestro, así como también la incursión en el realismo mágico.

Bibliografía

- Allende, Isabel. La casa de los espíritus. Barcelona: Plaza & Janés Editores, S. A., 3a edición, 1994.
- Arredondo, Inés. Obras completas. México: Siglo veintiuno editores, S. A. de C. V., 2a. edición, 1991.
- Bergmann, Emilie, Janet Greenberg, Gwen Kirkpatrick, Francine Masiello, Francesca Miller, Marta Morello-Frosch, Kathleen Newman, Mary Louise Pratt. Women, Culture, and Politics in Latin America: Seminar on Feminism and Culture in Latin America. Berkeley: University of California Press, 1990.
- Castellanos, Rosario. Balún Canán. México: Fondo de Cultura Económica, S.A. de C.V., 1987.
- Castillo, Debra A. Talking back. New York: Cornell University Press, 1992.
- Coleman, Alexander, ed. Cinco maestros: Cuentos modernos de Hispanoamérica. New York: Harcourt Brace Jovanovich, Inc., 1969.
- Correas de Zapata, Celia y Lygia Johnson. Detrás de la reja: Antología crítica de narradoras latinoamericanas del siglo XX. Venezuela: Monte Avila Editores, C. A., 1980.
- Délano, Poli, compilador. Cuentos mexicanos. Santiago, Chile: Editorial Andrés Bello, 1996.
- Ferré, Rosario. Papeles de pandora. Puerto Rico: Ediciones Huracán, 1991.
- Franco, Jean. Plotting Women: Gender & Representation in Mexico. New York: Columbia University Press, 1989.
- Friedman, Edward H., L. Teresa Valdivieso, Carmelo Virgilio. Aproximaciones al estudio de la literatura hispánica. New York: McGraw-Hill, Inc., 1994.
- Garro, Elena. La semana de colores. México: Editorial Grijalbo, S. A., 1989.
- Gubern, Roman y Joan Prat. Las raíces del miedo. Barcelona: Tusquets Editores, 1979.
- Guerra, Lucía, ed. Splintering Darkness: Latin American Women Writers in Search of Themselves. Pittsburgh: Latin American Literary Review Press, 1990.
- Jehenson, Myriam Yvonne. Latin-American Women Writers: Class, Race, and Gender.

- New York: State University of New York Press, Albany, 1995.
- Lindstrom, Naomi. Twentieth-Century Spanish American Fiction. Austin: University of Texas Press, 1994.
- Makaryk, Irena R., Ed. Encyclopedia of Contemporary Literary Theory. Toronto: University of Toronto Press, 1994.
- Meyer, Doris and Margarite Fernández Olmos, ed. Contemporary Women Authors of Latin America. New York: Brooklyn College Press, 1981.
- Meyer, Michael C., William L. Sherman. The Course of Mexican History. Oxford: Oxford University Press, Inc., 1991.
- Novo, Salvador. Cocina mexicana o historia gastronómica de la ciudad de México. México. Editorial Porrúa, S. A., 1979.
- Ortega, José. "La dimensión fantástica en los cuentos de Fernández Cubas". Monographic Review / Revista Monográfica. Vol. 8, p. 157 – 163. Odessa, Texas, 1992.
- Ovalle Rodríguez, Edna. "La palabra, instrumento de creación en manos femeninas". El No. 37 de la Revista Iztapalapa. En línea. Universidad Autónoma Metropolitana: <http://www.iztapalapa.uam.mx/iztapalapa.www/cemanahu.ac/numero18/fem.htm> 29/01/98.
- Pasternac, Nora, Ana Rosa Domenella, Luzelena Gutiérrez de Velasco, compiladoras. Escribir la infancia: narradoras mexicanas contemporáneas. México: El Colegio de México, 1996.
- Pfeiffer, Erna. Entrevistas: diez escritoras mexicanas desde bastidores. Frankfurt: Vervuert Verlag, 1992.
- Ramírez, Santiago. El mexicano, psicología de sus motivaciones. México: Editorial Grijalbo, S.A. de C.V., 1977.
- Taggart, James M. "Class and Sex in Spanish and Mexican Oral Tradition". Ethnology and International Journal of Cultural and Social Anthropology. January, Volume XXI, Number 1, p. 39 – 53. Pittsburg, 1982.
- Taylor, Kathy. The new narrative of Mexico: Sub-versions of History in Mexican Fiction. Cranbury: Associated University Presses, Inc., 1994.

IMAGE EVALUATION TEST TARGET (QA-3)

APPLIED IMAGE, Inc
1653 East Main Street
Rochester, NY 14609 USA
Phone: 716/482-0300
Fax: 716/288-5989

© 1993, Applied Image, Inc., All Rights Reserved